



GUILLERMO SHAKESPEARE

JULIO CESAR

VERSIÓN CASTELLANA

DE

GUILLERMO MACPHERSON

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE

EDUARDO BENOT

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.^a
Sucesores de Hernando
Calle del Arenal, núm 11.
1909

PRÓLOGO.

El *Julio César* de Shakespeare fué impreso por vez primera en el in-folio de 1623, y, según Ulrici y otros célebres críticos, escrito en 1601; pero Payne Collier pretende probar que se escribió y representó antes de 1603, fundándose en la patente analogía que hace notar entre un trozo del drama de Drayton, intitulado *La guerra de los Barones*, publicado en ese año, y los siguientes versos del quinto acto de esta tragedia, puestos en boca de Marco Antonio cuando le anuncian la muerte de Marco Bruto:

Dulce su vida fué. Los elementos
En él tan combinados, que bien pudo
Orgullosa exclamar naturaleza:
«Un hombre ahí ved,» al universo entero.

Los versos de Drayton y de Shakespeare son verdaderamente tan semejantes, que no cabe razonable duda de que los unos sean copia de los otros; y es natural suponer, aun cuando no existieran mas que recelos acerca del particular, que Drayton fué el plagiarlo; pero en realidad pueden aducirse argumentos sólidos para dar más fuerza á esta presunción.

Pudiera Shakespeare, acaso inconscientemente, haberse apropiado el pensamiento de Drayton, mas en este caso es difícil suponer que hubiera sido así; pues la mayor prueba que un poeta como este puede dar de creer que una idea le pertenece, es repetirla en sus obras, y Shakespeare repite este mismo pensamiento en el *Hámlet*, cuando en el famoso diálogo del tercer acto, entre Hámlet y su madre, el hijo indignado, celebrando á su padre, exclama:

.....Tal conjunto
De belleza formado parecía
En competencia por los Dioses todos
Para mostrar lo que es un hombre al mundo.

Además, en las ediciones del drama *La guerra de los Barones* de 1605, 1607, 1608, 1610 y 1613, los versos de que se trata fueron impresos como aparecieron en la edición de 1603; pero en la de 1619, después de la muerte de Shakespeare, y, por consiguiente, antes de que se imprimiera el *Julio César* en el in-folio de 1623, Drayton introdujo una variación en ellos, con la cual acentuó aún más esta semejanza.

Enrique Víctor Hugo añade que, bajo la fe de la generalidad de los comentaristas, por largo tiempo creyó que el *Julio César* fué escrito en los últimos años de la vida del poeta; pero que el estudio profundo del texto le ha demostrado lo erróneo de esta opinión; pues en este drama no aparece aún esa forma precisa y potente que revelan las últimas producciones de Shakespeare, esa frase lacónica hasta la brusquería, elíptica hasta la oscuridad, condensada hasta el punto de reunir en las menos palabras que es posible la mayor posible cantidad de ideas.

En el *Julio César* se observa más claridad en los pensamientos, más limpieza en la frase, más verbosidad, lenguaje más redondo y fácil, indicando que fué escrito en la

época que la crítica alemana ha denominado la segunda de Shakespeare, ó séase entre los años 1592 y 1598, cuando el Gran Dramático produjo el *Ricardo III*, *El Mercader de Venecia*, *Sueño en noche de Verbena*, *Romeo y Julieta* y otras obras.

Halliwell viene también á confirmar estas opiniones; pues afirma que Weever, en su *Espejo de Mártires* publicado en 1601, alude al discurso de Marco Antonio, y que evidentemente tuvo á la vista, no el texto de Plutarco, sino la oración que Shakespeare pone en boca del futuro triunviro ante el cadáver de César. Voltaire, aunque á veces se siente fascinado por el genio de Shakespeare, como se sentía á veces Moratín también, no pudo ni por un momento sacudir el yugo de sus prejuicios, y al hablar de esta tragedia, la censura duramente porque la acción es doble y porque no hay verdadero héroe en ella; y realmente si se la juzga por los cánones clásicos, es quizá una de las más defectuosas del teatro Shakesperiano. Mas como el objeto del autor no es dramatizar la muerte de César, ni encomiar la virtud de Bruto, ni patentizar las premeditaciones de Casio, ni hacer ver el mundanal talento de Marco Antonio, ni, en una palabra, dramatizar un suceso aislado en la vida de un héroe, no puede ser juzgado por leyes aplicables al caso.

El *Julio César* forma la segunda parte de la trilogía romana que escribió Shakespeare para manifestar cómo iba muriendo la República y cómo se iba aproximando el Imperio, tarea literaria tan legítima como lo es la de escribir un drama ajustado á clásicos dogmas. Esta trilogía principia con el *Coriolano*, en donde vemos á Roma joven todavía. Sigue con el *Julio César* representando una Roma adulta, y acaba con *Marco Antonio y Cleopatra* que nos muestra una Roma caducando ya.

Shakespeare en esta obra acaso juzga injustamente á César, realzando sus defectos y no acentuando sus virtudes; pero lo juzga como lo juzga Plutarco y como lo juzgaba el pueblo inglés en vísperas de su revolución. No son imputables á Shakespeare equivocaciones que sólo la profunda crítica histórica de más modernos tiempos ha logrado desvanecer. Él se atuvo á la historia de Plutarco, y para él Julio César era sobre todo un ser ambicioso que pretendía mermar las libertades patrias.

Maravilla que con semejantes prejuicios un poeta se muestre tan imparcial como Shakespeare aparece en esta obra, en la que con asiduo cuidado y con escrupulosa honradez procura atenerse á lo que juzga la verdad histórica.

Quiso evidentemente dramatizar los incidentes de aquel interesante período de la historia de Roma, ateniéndose á las Vidas de Julio César y de Marco Bruto escritas por Plutarco, y conserva y glosa aun lo anecdótico y trivial que en esas Vidas se encuentra; pero de manera tan natural introduce en las diferentes escenas de su tragedia el texto de esas biografías, que es difícil conocer cuándo copia ó cuándo inventa sin tener el original delante ó sin tener muy feliz memoria.

El pronóstico de la muerte de César por el adivino, su ratificación más tarde; el aviso de Artemidoro; la ofrenda que se vió no tener corazón; el sueño de Calpurnia; las vacilaciones de César, su preocupación con respecto á la esterilidad de las mujeres, su antipatía á la gente flaca; todas las circunstancias referentes al juramento de los conjurados; el carácter de Ligario; la exclusión de Cicerón por los conjurados; las relaciones de Porcia hacia Bruto; la prueba de que habla, sus quejas; la contestación de Bruto á Porcia, su intranquilidad, su salida de casa; la pregunta de Casio á Bruto de si se conoce; los anónimos; los accidentes todos de la muerte de César; la manera de hacer á César ir al Capitolio propuesta por Decio Bruto; la conducta de Marco Antonio inmediatamente después de la muerte de César; el sueño del poeta Cina, su muerte por haberlo confundido el pueblo con Cina el conspirador; la disputa de Bruto y Casio. su reconciliación antes de la batalla, su discusión acerca de si el hombre debe ó no suicidarse; la equivocación de Bruto creyendo perdida la batalla, su ambiguo éxito al

principio; el suicidio de Bruto, el de Casio, la muerte de éste con la misma arma que hirió á César,—todo esto y mucho más se encuentra en las biografías de Plutarco y en el *Julio César* de Shakespeare.

¡Cuán equivocados están los que imaginan que Shakespeare escribía únicamente á impulsos de lo que se da en llamar inspiración!

Con la lectura de este drama queda probado el gran esmero que ponía al escribir sus obras. En esta pretende casi ser historiador, ateniéndose, como queda dicho, con una escrupulosidad que pasma, á lo que considera ser la verdad. Por otra parte, las que para menor inteligencia serían seguramente insuperables ligaduras, para aquel ingenio brillante no resultan ni aun estorbo siquiera; y, sin apartarse un punto de la historia que le sirve de base, traza cuadros tan animados y sorprendentes, cual no los ha producido la imaginación que menos trabas se haya impuesto.

La conversación del primer acto entre Bruto y Casio, cuando éste trata de indagar cómo piensa su amigo; la escena también del primer acto entre Casio y Cina; el pacto entre los conjurados; las quejas de Porcia á su esposo; el discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César, y la disputa y reconciliación de Bruto y Casio, son muestras de lo que puede hacer el ingenio humano en obras literarias apropiándose la historia.

Shakespeare, con profundo conocimiento del corazón y con arte superior, presenta—sin faltar á la verdad histórica de su siglo—como personaje escasamente simpático á César, cuando ya empañaban su gloria militar las nubes de su desordenada ambición pretendiendo ser rey, y cuando despreciaba el poder del Senado y abyectamente adulaba á la plebe; y logra así no conmover por demás con aquel alevoso asesinato las fibras sensibles de su auditorio, conservando vivo hasta el final el interés de su tragedia, que en realidad lo mismo se podría intitular Marco Bruto ó Cayo Casio ó Marco Antonio, que Julio César.

PERSONAJES.

JULIO CÉSAR.
OCTAVIO CÉSAR. Triunviro después de la muerte de César.
MARCO ANTONIO. Triunviro después de la muerte de César.
M. EMILIO LÉPIDO. Triunviro después de la muerte de César.
CICERÓN. Senador.
POPILIO LENA. Senador.
MARCO BRUTO. Conspirador.
CASIO. Conspirador.
CASCA. Conspirador.
DECIO BRUTO. Conspirador.
METELO CÍMBER. Conspirador.
CINA. Conspirador.
ARTEMIDORO. Sofista de Gnido.
UN ADIVINO.
CINA, un poeta.
OTRO POETA.
LUCILO. Amigo de Bruto y Casio.
TITINO. Amigo de Bruto y Casio.
MÉSALA. Amigo de Bruto y Casio.
CATÓN, el joven. Amigo de Bruto y Casio.
VOLURNIO. Amigo de Bruto y Casio.
VARRO. Siervo de Bruto.
CLITO. Siervo de Bruto.
LUCIO. Siervo de Bruto.
DARDANO. Siervo de Bruto.
PÍNDARO, siervo de Casio.
CALPURNIA, mujer de César.
PORCIA, mujer de Bruto.
Senadores, ciudadanos, guardias, servidores, etc.

La escena pasa en los tres primeros actos en Roma. El cuarto en Sardis y el quinto en Filipos.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Una calle.

Entran FLAVIO, MARULO y una turba de CIUDADANOS.

FLAVIO. Idos á vuestras casas, gente ociosa.
A vuestras casas. ¿Por ventura es fiesta?
¡Qué! ¿no sabéis que siendo menestrales
Debéis llevar en días de trabajo
De vuestra profesión el distintivo?
Habla, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 1.º Carpintero.

MARULO. ¿Dónde está tu mandil? ¿dónde tu regla?
¿Por qué te vistes tus mejores galas?
Y tú, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 2.º Francamente,

con relación á trabajos finos, no hago, como si dijéramos, más que remendar.

MARULO. —¿Pero qué oficio es el tuyo? Contesta de seguida.

CIUD. 2.º —Oficio, señor, que espero seguir con la conciencia limpia, pues compongo lo que el roce del mundo desgasta.

MARULO. —Bribón, ¿qué oficio? Bribonazo, ¿qué oficio?

CIUD. 2.º —Suplico que no te descompongas; pero si te descompones, puedo componerte.

MARULO. —¿Qué quieres decir con eso? ¡Componerme, tunante!

CIUD. 2.º —Sí, señor, remendaros

MARULO. —Con que eres remendón, ¿no es eso?

CIUD. 2.º —Verdaderamente, vivo sólo de la chabeta; y no me meto ni en negocios ni con mujeres para no perderla. Soy, hablando con propiedad, cirujano de calzas viejas: cuando están lisiadas, yo las curo. Hombres tan de pro como los que más, han hecho camino con mis obras.

FLAVIO.—Pero ¿por qué no estás hoy en tu tienda? ¿Por qué vas capitaneando á estas gentes por las calles?

CIUD. 2.º —Francamente, para que gasten el calzado y procurarme mayor parroquia; pero, á decir verdad, holgamos por ver á César y regocijarnos en su triunfo.

MARULO. ¿Por qué regocijaros? ¿qué conquista
Consiguió? ¿qué cautivos hoy en Roma
Son de las ruedas de su carro adorno?
Torpes, estultos, seres insensibles,
Pechos de pedernal, crueles Romanos,
¿Olvidáis á Pompeyo? ¿Cuántas veces
Muros, resaltos, torres y ventanas
Ocupasteis, llevando á vuestros hijos
En brazos, y esperasteis todo un día
Allí pacientes para ver de Roma
Al gran Pompeyo atravesar las calles?

¿Y su carroza al divisar, no hendieron
Vuestros gritos los aires de tal modo
Que el Tíber en su cauce retemblaba
Al escuchar los repetidos ecos
Que en sus cóncavas márgenes vibraron?
¿Y ahora os ponéis vuestro mejor vestido?
¿Y ahora queréis fraguaros una fiesta?
¿Y ahora esparcís en su sendero flores
Porque pisó la sangre de Pompeyo?

Idos:

Idos á vuestras casas. De rodillas
Impetrad de los Dioses que las plagas
Que pide tanta ingratitud suspendan.

FLAVIO. Idos, paisanos míos. Penitentes,
A los hombres reunid de vuestra clase,
Y al Tíber id; y con el llanto vuestro
Sus afluentes acreced de modo
Que sus orillas más excelsas besen.

(Vanse los ciudadanos.)

¡Mira cómo cedió su temple rudo!
¡Huyen amordazados por su culpa!
Del Capitolio tú la senda toma.
Yo por aquí. Despoja á sus estatuas
De todo adorno.

MARULO. ¿Pero puede hacerse?

Hoy son las Lupercales. Bien te consta.

FLAVIO. Importa poco. Ni una imagen deja
De César con trofeos adornada.
Yo arrojaré á las turbas de las calles,
Y tú también si ves reunirse grupos.
Las plumas estas, por demás crecidas,
Que á las alas de César arrancamos,
Harán que vuelo más rastrero tome;
Pues si no, lo perdiéramos de vista,
Sumiendo a todos en servil espanto. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.-Una plaza pública.

Entran, procesión con música, CÉSAR, ANTONIO ataviado para las carreras, CALPURNIA, PORCIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO y CASCA. Gran muchedumbre los sigue, entre ellos un ADIVINO.

CÉSAR. ¡Calpurnia.
CASCA. Callen todos. César habla.
 (Cesa la música.)
CÉSAR. ¡Calpurnia!
CALPUR. ¿Qué, señor?
CÉSAR. Cuando corriere
 Antonio, ponte en su camino.—¡Antonio!
ANTONIO. César, Señor.
CÉSAR. Antonio, no te olvides
 De tocar á Calpurnia cuando corras.
 Los viejos dicen que mujer estéril
 Que se tocare en tan sagrado curso,
 Será fecunda.
ANTONIO. Lo tendré presente.
 Si dice César «Eso harás,» se hace. (Música.)
CÉSAR. Seguid. No falte ceremonia alguna.
ADIVINO. ¡César!
CÉSAR. ¿Quién llama?
CASCA. Que se callen todos.
 Silencio ya. (Cesa la música.)
CÉSAR. ¿Quién es el que me llama?
 Más fuerte que la música, vibrante
 Humana voz oigo gritarme «¡César!»
 Habla, que César se dispone á oírte.
ADIVINO. De los idus de marzo desconfía.
CÉSAR. ¿Quién es?
BRUTO. Un adivino que guardarte
 De los idus de marzo te aconseja.
CÉSAR. Tráiganlo aquí. Le quiero ver el rostro.
CASIO. Sal tú de entre la turba; mira á César.
CÉSAR. Ahora ¿qué dices? Habla nuevamente.
ADIVINO. De los idus de marzo desconfía.
CÉSAR. Un soñador. Dejémosle.—Adelante.
 (Música. Vanse todos menos Bruto y Casio.)
CASIO. ¿Vas á ver cómo salen las carreras?
BRUTO. No tal.
CASIO. Te lo suplico.
BRUTO. No me gustan
 Los juegos. Algo de ese genio alegre
 Que en Antonio se ostenta, me hace falta
 Pero tus gustos impedir no quiero.

Te dejo, Casio.

CASIO. Bruto, he observado
Que de los ojos tuyos la indulgencia
Y el cariño de antes no recibo;
Y tu reserva y tu frialdad son hartas
Para el amigo que te quiere.

BRUTO. Casio,
Te equivocas. Velar mis ojos quise,
Para que yo tan solo percibiese
El dolor que se asoma á mi semblante.
Por contrarias pasiones conmovido
Me encuentro: por ideas que me callo,
Fundamento, quizás, de mi conducta.
Así que mis amigos no se ofendan,
Y entre ellos sabes, Casio, que le cuento.
Ni penséis que motiva mi desvío
Ninguna otra razón, sino que olvida
Su amor á los demás el triste Bruto
En esta lucha que consigo trae.

CASIO. Mal, Bruto, entonces te juzgué. Por eso
Importantes ideas, serias dudas
He sepultado en este pecho mío.
Dí, Bruto, ¿puedes tú verte la cara?

BRUTO. No, Casio. No se pueden ver mis ojos
Si otro objeto no logra reflejarlos.

CASIO. Verdad; y es grande lástima que espejo,
Bruto, tú no poseas que refleje
A tus ojos tus méritos ocultos,
Y así tu imagen contemplar podrías
A la gente mejor que Roma encierra—
Excepto César inmortal—hablando
De Bruto, oí decir, al lamentarse
Del triste yugo que esta edad soporta:
Que ojalá que los ojos Bruto abriera.

BRUTO. ¿A qué peligros me conduces, Casio,
Que en mí lo que no hay quieres que busque?

CASIO. Escucha, entonces, Bruto; y ya que sabes
Que sólo por reflejo puedes verte,
Tu espejo yo, descubriré modesto
Lo que existe en tu ser que no conoces.
Y no dudes de mí, Bruto querido,
Que nunca fuí chancero, ni acostumbro
Con juramentos sazonar protestas
De amistad á cualquier advenedizo.
Si imaginas que adulo, que á persona
Que á mi pecho he estrechado vilipendio,
O si te consta que en festines hice
Protestas de amistad á todo el mundo,
Por nombre entonces peligroso tenme.
(Clarines y gritos.)

BRUTO. ¿Qué significan estos gritos? Temo
Que aclama por su rey la gente á César.

CASIO. ¡Ah, lo temes! ¿no es cierto? Pues entonces
Debo pensar que no te agrada.

BRUTO. Casio,
Es verdad; y le quiero bien no obstante.
Mas ¿por qué me detienes tanto tiempo?
¿Qué me quieres decir? Si fuere cosa
Que con el bien común se relacione,
Pon la honra y la muerte ante mis ojos,
Y con igual impavidez la vista
En ambas fijaré. Porque á los Dioses
Juro yo que es mi amor de la honra al hombre
Más grande que mi miedo de la muerte.

CASIO. Tu ingénita virtud conozco, Bruto,
Lo mismo que conozco tu semblante.
Pues bien: se trata de la honra. Ignoro
Lo que pensáis tú y otros de esta vida.
En cuanto á mí, mejor vivir no quiero
Que vivir y temer á un semejante.
Libre nací cual César. Tú lo propio.
Ambos fuimos cual él alimentados;
Y ambos podemos soportar el frío
Del invierno cual él; pues cierto día
Tempestuoso y crudo, en que luchaba
Con sus playas el Tíber agitado,
César me dijo: «Casio: ¿te atrevieras
A echarte en la colérica corriente
Y aquel punto alcanzar?» Con mi armadura
Vestido como estaba, al escucharlo,
Me arrojé, convidándole á seguirme.
Y lo hizo. Rugía la corriente
Que con músculos rudos azotamos,
Abriéndonos camino al afrontarla
Con intrépidos pechos; pero antes
De llegar á aquel punto, César grita:
«Dame tu auxilio, Casio, ó me sumerjo.»
Cual nuestro insigne antecesor Eneas
De la incendiada Troya al viejo Anquises
Sacó sobre sus hombros, yo al casado
César saqué del Tíber; y este hombre
Ahora es un Dios, y Casio un miserable
Que el cuerpo tiene que inclinar si acaso
César le inclina, al verle la cabeza.
En España, una vez que fiebre tuvo,
Observé cual temblaba en el acceso.
No; no lo dudes.—¡Este Dios temblaba!
Huyó el color de sus cobardes labios;
Y esos ojos, que espanto al mundo infunden,
Su luz perdieron. Le escuché quejarse,

Sí tal; y era su voz que á los Romanos
Aconsejó la oyeran y en sus libros
Sus frases escribir—¡quién lo creería!—
«Titino, dame de beber,» gritaba,
Como niña doliente. Causa asombro,
¡Oh Dioses! que hombre de tan débil fibra
Sea el primero de este inmenso mundo
Y se lleve la palma. (Clarines y gritos.)

BRUTO

¡Aun mas aclamaciones!

Me pienso que motivan los aplausos
¡Nuevos honores con que á César brindan.

CASIO.

¡Vaya! Se apoya sobre el mundo estrecho
Cual coloso. Nosotros ¡pobres hombres!
Bajo sus grandes piernas caminamos
En pos de deshonrosas sepulturas.
Es de su suerte dueño el hombre á veces,
No es culpa de los astros, caro Bruto,
Es culpa nuestra que vivamos siervos.
¡César y Bruto! ¿Qué hay en ese César?
¿Por qué ese nombre suena más que el tuyo?
Escritos, son iguales: pronunciados,
Igual cadencia tienen. Si se pesan,
Pesan lo mismo. Conjurar se puede
Con ambos, y un espíritu tan presto
Con Bruto se alzaré como con César.
Pues bien, en nombre de los Dioses todos
Para tan grande ser el César este,
¿De qué se alimentó? ¡Funesto siglo!
Tu raza, Roma, de preclara sangre
No existe ya. Desde el diluvio, ¿cuándo
Hubo época alguna en que existiera
Un hombre nada más digno de fama?
¿Quién jamás, al hablar de Roma, dijo
Hasta este instante, que sus anchos muros
Un hombre solamente contenían?
Ya Roma es grande... y por demás, pues sólo
Un hombre en ella vive. ¡Oh! nuestros padres
Á tí y á mi de un Bruto nos contaron
Que su solio asentar dejara en Roma
Al diablo antes que á un rey.

BRUTO.

Tu amistad ni un instante pongo en duda.
Tus fines, incitándome, vislumbro.
Cómo y cuándo he pensado en estas cosas
Sabrás más adelante. Por ahora,
Por mi amistad te lo suplico, cesa
De conmovirme más. Lo que me has dicho
Pesaré. Lo que tengas que decirme
Oiré con atención, y tiempo propio
Para oír y tratar tan importantes
Asuntos buscaré. Mi buen amigo,

Hasta ese instante lo que digo rumia.
 Bruto más se estimara ruin villano.
 Que cual hijo de Roma se estimara
 Soportando las duras condiciones
 Que estos tiempos acaso nos impongan.

CASIO. Celebro que mis débiles palabras
 De Bruto al menos estas chispas saquen.

BRUTO. Los juegos terminaron. César vuelve.

CASIO. De la manga al pasar á Casca tira:
 Te contará con su acritud de siempre
 Cuanto hubiere ocurrido de importancia
 (Vuelve á entrar César con su séquito.)

BRUTO. Así lo pienso hacer; mas mira, Casio;
 La cólera en la faz de César arde,
 Azorados están los que le siguen,
 Pálida la mejilla de Calpurnia;
 Y Cicerón, cual comadreja, chispas
 Va echando por los ojos, como suele
 Cuando algún senador le contradice.

CASIO. Casca nos contará lo que ha ocurrido.

CÉSAR. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡César!

CÉSAR. Haz que me circunde
 Gente obesa y peinada y que no vele.
 ¡Qué flaco! ¡qué famélica apariencia
 Es la de Casio! Por demás cavila,
 Y tales hombres son muy peligrosos.

ANTONIO. No es peligroso, no le temas, César;
 Es honrado Romano y bien dispuesto.

CÉSAR. ¡Más grueso lo quisiera! Mas ¡no importa!
 Y, sin embargo, si al temor sensible
 Fuera mi sér, de nadie recelara
 Cual de ese enjuto Casio. Mucho estudia;
 Es gran observador, y los motivos
 Ve de humanas acciones. Nunca, Antonio,
 Cual asistes, asiste á las comedias;
 No oye música, rara vez sonrío,
 O sonrío de modo que parece
 Mofarse de sí mismo, despreciando
 El buen humor que á sonreír le obliga.
 Tales hombres jamás dicha disfrutan
 Mientras ven otro que les hace sombra,
 Y son peligrosísimos por tanto.
 Te digo yo lo que temerse debe,
 No lo que temo yo: siempre soy César.
 A mi diestra colócate; soy sordo
 De este oído. Qué piensas de él deseo
 Que con completa ingenuidad me digas.
 (Vanse César y su séquito, excepto Casca.)

CASCA. —Me tiraste del manto. ¿Querías hablarme?

BRUTO. —Sí, Casca. Cuéntanos qué ha pasado hoy y qué motiva el que César esté tan abatido.

CASCA. —Pues le ofrecieron una corona; y, ofrecida que le fué, la apartó de sí con la mano, y el pueblo le vitoreó.

BRUTO. —¿Qué motivó el segundo clamoreo?

CASCA. —Pues lo mismo.

CASIO. —Gritaron tres veces. ¿Qué motivó la última aclamación?

CASCA. —Pues lo mismo.

BRUTO. —¿Le ofrecieron tres veces la corona?

CASCA. —Sí, señor, y la apartó de sí tres veces; pero cada vez con más suavidad, y cada vez que la apartaba de sí mis humildísimos convecinos le vitoreaban.

CASIO. —¿Quién le ofreció la corona?

CASCA. —Pues Antonio.

BRUTO. —Dínos cómo, amigo Casca.

CASCA. —Ahórquenme si puedo decir cómo fué aquello. Fué una pura farsa, y no presté atención. Vi á Marco Antonio ofrecerle una corona, que, á derechas, no era una corona, sino una especie de diadema; y, como os decía, la separó de sí una vez; pero aunque eso hizo, á mí me pareció como que la quería atrapar. Luego se la ofreció otra vez, y nuevamente la apartó de sí, pero á mí me pareció como que le disgustaba separársela de sus manos; y luego se la ofreció la tercera vez, y la apartó de sí por tercera vez; y, mientras que así la rehusaba, la chusma gritaba y aplaudía con sus callosas manos, echando al aire sus sudosos gorros y exhalando tantos y tan apuestos clamoreos porque César había rehusado la corona, que casi lo asfixiaron, pues se desmayó y cayó redondo. Yo, por mi parte, no me atreví á reirme, por temor de que al abrir mi labios se me colase ese aire inmundado.

CASIO. —Pero, párate, te ruego. ¿Se desmayó César?

CASCA. —Cayó al suelo en la plaza, echando espumarajos por la boca y quedó sin habla.

BRUTO. —Es probable. Padece el mal caduco.

CASIO. —No; César no tiene ese mal. Tú y yo y el honrado Casca, si que tenemos el mal caduco.

CASCA. —No sé qué quieres decir con eso, pero estoy seguro de que César cayó al suelo. Y era de ver cómo la turbamulta le aplaudía ó le silbaba, del mismo modo que hacen con los cómicos en el teatro.

BRUTO. —¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA. —¡Vaya! antes de caer y cuando se enteró de que la muchedumbre se alegraba de que rehusara la corona, desabrochóse, presentando su cuello para que se le cortasen. ¡Váyame al infierno entre los réprobos si, á ser del oficio, no le hubiera cogido la palabra! Y en esto cayó. Cuando volvió en sí, manifestó que si había dicho ó hecho algo que les desagradara, que se persuadiesen sus señorías que era por razón de su mal. Tres ó cuatro mujerzuelas que se hallaban junto á mí exclamaron: «¡Ay, qué buen alma!» y lo perdonaron de todo corazón; pero no hay que hacerles gran caso; pues, si César hubiera dado de puñaladas á sus madres, no hubieran dicho menos.

BRUTO. —¿Y después de esto se vino tan abatido?

CASCA. —Sí.

CASIO. —¿Cicerón dijo algo?

CASCA. —Sí. Habló en griego.

CASIO. —¿Sobre qué?

CASCA. —Largo tiempo esperarás, si esperas á que yo te lo diga. Sin embargo, los que lo entendían miráronse y sonrieron moviendo sus cabezas; pero para mí fué

griego. Podría daros aún más nuevas. Han puesto á buen recaudo á Marulo y á Flavio por haber despojado de sus adornos las estatuas de César. Aun más necesidades pudiera referir si las recordara.

CASIO. —¿Quieres cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA. —No: estoy comprometido.

CASIO. —¿Comerás conmigo mañana?

CASCA. —Sí tal, si vivo, si eres de la misma opinión y si tu comida vale la pena de ser comida.

CASIO. —Corriente. Te esperaré.

CASCA. —Hazlo. Salud ambos. (Vase.)

BRUTO. Con los años, ¡qué áspero se ha vuelto!
Y era, al ir á la escuela, de buen temple.

CASIO. Lo es, aunque tan toscas formas gaste,
Si se trata de audaz y noble empresa.
Su rudeza es la salsa de su ingenio,
Y hace á las gentes digerir sus frases
Con mejor apetito.

BRUTO. Verdad. Te dejo ahora. Si es que quieres
Conmigo hablar, iré mañana á verte,
O á mi casa ven tú, si así te place.

CASIO. Iré Piensa hasta entonces en el mundo.

(Vase Bruto.)

Honrado eres tú, Bruto; mas sin duda
Ese honrado metal puede en la forja
Temple perder. Por eso es conveniente
Que el alma noble con su igual se trate.
¿Quién á la seducción siempre fué sordo?
César me odia; pero quiere á Bruto.
Si fuese Bruto yo, y él fuese Casio,
No me engañara, no. Varios escritos
Esta noche echaré por la ventana
Cual si partieran de diversa gente:
Todos hablando del respeto grande
Con que su nombre se pronuncia en Roma,
E indicando de paso y con embozo
De César la ambición. Después, que César
A la silla se agarre. O lo botamos,
O á soportar mayores males vamos. (Vase)

ESCENA III.

Roma — Una calle.

Truenos y relámpagos.

Entran en direcciones opuestas CASCA con la espada
desenvainada y CICERÓN.

CICERÓN. Casca, salud. ¿Llevaste á casa á César?
¿Por qué tan sin aliento y espantado?

CASCA. ¿No te conmueve ver la tierra firme
Vacilante temblar? Yo tempestades
He visto, Cicerón, en las que el viento
Tronchó con frenesí nudosa encina.
He visto al mar en su ambición, rugiente,
Hinchado y espumoso, confundirse
Pretender con la nube amenazante.
Mas nunca hasta esta noche, hasta ahora mismo,
Ví tempestades en que el fuego llueve.
O hay en los cielos intestina lucha,
O con los Dioses enojado el mundo
Su destrucción impávido provoca.

CICERÓN. Cierto. ¿Has visto fenómeno más raro?

CASCA. Un siervo—tú de vista lo conoces—
Alzó su mano izquierda, y llameaba
Ardiendo cual si fuese veinte antorchas,
Sin sentir impresión y sin quemarse.
Aún más—mi diestra aun la espada empuña,—
Hallé un león rondando el Capitolio,
que, torvo huyendo, con furor me mira
Sin dañarme. Cien pálidas mujeres
En un grupo reunidas, trastornadas
por el terror, que vieron me juraron
Ir las gentes ardiendo por las calles.
En el mercado ayer aves nocturnas
Viniéronse á posar al mediodía
Graznando y ayeando. Cuando ocurren
Tales prodigios, no nos digan luego:
«Es natural y son sus causas éstas...»
Pues, en mi juicio, anuncios portentosos
Para los pueblos son que así señalan.

CICERÓN. Rara época es; pero estas cosas
Cada cual interpreta á su manera
Sin encontrar su conexión precisa.
¿Viene César mañana al Capitolio?

CASCA. Sí; pues á Antonio le ordenó mandarte
Aviso de que allí mañana iría.

CICERÓN. Buenas noches. El cielo airado. Casca,
Impide pasear.

CASCA. Muy buenas noches,
Cicerón. (Vase Cicerón.)

Entra CASIO.

CASIO. Dí, ¿quién eres?

CASCA. Un romano.

CASIO. Por tu voz, eres Casca.

CASCA. Buen oído.

¡Qué horrenda noche, Casio!

CASIO. Noche hermosa

Y exceptuando Italia, en todas partes,
 Por mar y tierra, llevará corona.

CASIO. Sé dónde entonces llevaré mi daga.
 Casio de esclavitud á Casio indulta.
 Así, Dioses, hacéis al débil fuerte;
 Así, Dioses, postráis á los tiranos.
 Ni alta torre de piedra, ni muralla
 Hecha de bronce, ni escondida cárcel,
 Ni eslabones de hierro ponderosos
 El vigor del espíritu aprisionan.
 Harta la vida de mortales trabas,
 Siempre el poder de eliminarse tiene.
 Esto sé yo, y el mundo entero sepa
 Que la parte de yugo que me toque,
 Yo sabré sacudir cuando me plazca.
 (Sigue tronando.)

CASCA. Y yo también, y á todo el mundo es dado
 Su servidumbre cancelar si quiere.

CASIO. ¿Por qué ha de ser tirano entonces César?
 ¡Pobre hombre! quizás no fuera lobo
 Si ovejas no creyese á los Romanos.
 León no hubiera sido á no ser ciervos
 Los Romanos. Incendio formidable
 Con míseras aristas se promueve.
 ¿Qué andrajo, qué desecho, qué inmundicia
 Es Roma que á propósito se juzga
 Para alumbrar cosa tan vil cual César?
 Pero ¡ay de mí! ¿á dónde me conduces?
 Hablo quizás con voluntario siervo;
 Tendré que responder de mis palabras,
 Mas armas llevo y de peligros mofo.

CASCA. Hablas á Casca, y hablas con un hombre
 Que charlatán no es.—Dáme tu mano.—
 Procura conjurar estas desdichas,
 Y este pie marchará tan adelante
 Como el que marche más.

CASIO. El trato acepto.
 Ahora, Casca, sabrás que he convencido
 Á algunos nobilísimos Romanos,
 Para una empresa acometer unidos
 De honrosas y arriesgadas consecuencias.
 Me aguardan en el atrio de Pompeyo
 En este instante. En tan horrenda noche
 No recorre las calles gente alguna.
 Los elementos animar parecen
 La obra que traemos entre manos,
 Feroz y sanguinaria y espantosa.

CASCA. Apártate, que alguno aquí se acerca.

CASIO. Es Cina. Lo conozco por los pasos.
 Amigo es.

Entra CINA.

¿Adónde tan aprisa?

CINA. En busca tuya vengo. ¿Quién es éste?
¿Es, dí, Metelo Címber?

CASIO. No tal; Casca.
Un afiliado en vuestra empresa.—Díme
¿No contabais conmigo?

CINA. Lo celebro.
¡Qué horrenda noche! Extraordinarias cosas
Dos ó tres de los nuestros observaron.

CASCA. ¿No contabais conmigo?

CINA. Sí, por cierto.

¡Oh Casio, si pudieras
Hacer que el noble Bruto nuestro fuese!...

CASIO. Ten calma. Toma este papel, buen Cina.
Sobre la silla pretorial de modo
Trátalo de dejar que lo halle Bruto.
Este procura echar por su ventana.
En la estatua del viejo Bruto fija
Este con cera, y vuelve con nosotros
A reunirse en el atrio de Pompeyo.—
¿Estan allí Trebonio y Decio Bruto?

CINA. Menos Metelo Címber, todos. Este
Fué á buscarte á tu casa. Cual me ordenas,
Voy á distribuir estos escritos.

CASIO. Después ven al teatro de Pompeyo. (vase Cina.)
Casca, ven, porque antes que amanezca
Ver á Bruto debemos en su casa:

Tres partes de él es mío; todo entero
Se entregará en la próxima entrevista.

CASCA. El pueblo en alta estimación lo tiene,
Y aquello que en nosotros fuera indigno,
Su apoyo, por alquimia misteriosa,
Transformará en virtudes y excelencias.

CASIO. Lo juzgas bien; su mérito comprendes
Y la gran falta que nos hace. Vamos:
La media noche es ya, y antes del alba
Despertarlo debemos y atraerlo. (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Jardín de la casa de Bruto.

Entra BRUTO.

BRUTO. ¡Hola, Lucio!—No puedo por los astros
Acertar cuánto falta para el día.
¡Hola, Lucio!—Quisiera de ese modo
Poder dormir.—¡Eh, Lucio! Presto, presto,
Que te despiertes digo. —¡Vamos, Lucio!

Entra LUCIO.

LUCIO. ¿Llamaba mi señor?
BRUTO. Un candelabro
Lleva á mi estudio, enciéndelo y avisa.
LUCIO. Lo haré, señor. (Vase.)
BRUTO. Con su muerte ha de ser; mas por mi parte
Para oponerme á él, sólo me impulsa
El bien común. ¡Pretende la corona!
Y es el caso saber hasta qué punto
Su condición se mudará con eso.
La clara luz del sol engendra al áspid.
Seamos cautelosos.—¿Coronarlo?
Eso... y así, le damos — concedido —
Aguijón con que hacer el daño puede.
Achaque suele ser de quien se encumbra
Divorciar el poder y la conciencia.
Pero nunca, en verdad, vi subyugada
De César la razón á sus pasiones.
De incipiente ambición la escala empero
Es la humildad. Lo prueba la experiencia.
El trepador para subir la mira,
Pero al llegar al último peldaño,
Le vuelve las espaldas, mira al cielo,
Y desdeña los tristes escalones
Que le encumbraron. Puede hacerlo César.
Evitémoslo antes que lo hiciere;
Y pues razón no existe por ahora,
Es forzoso argüir que al encumbrarse
Estas desgracias surgirán y aquéllas.
Que hay que creer que es huevo de serpiente
Que dañino será cuando se incube,
Y que en el cascarón matar es fuerza.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. Arde en vuestro aposento el candelabro.
Una yesca al buscar, en la ventana
Este papel hallé, que estoy seguro
Que allí no estaba cuando fuí á mi lecho.

BRUTO. A tu lecho retorna.—Aun no es de día.—
¿Son los idus de marzo, dí, mañana?

LUCIO. Señor, yo no lo sé.

BRUTO. Pues examina el calendario y vuelve.

LUCIO. Así lo haré, señor. (vase Lucio.)

BRUTO. Las centellas que cruzan por el aire
Bastante luz para leer me prestan
(Abre el papel y lee.)
«Bruto, duermes; despierta y sé tú mismo.
Y ¿debe Roma etcétera? Levanta
Tu voz, hierre, corrige. Bruto, duermes;
Despierta.» Instigaciones semejantes
Con frecuencia colocan á mi paso.
«Y ¿debe Roma etcétera?» Precisa
Su frase terminar. ¿Y debe Roma
Bajo el terror vivir de un hombre solo?
¿Qué? ¿Roma?—No arrojó mi antepasado
De las Romanas calles á Tarquino
Cuando se quiso rey llamar?—«Levanta
Tu voz, hierre, corrige.» Me suplican
Que levante la voz, que hiera...¡Oh, Roma.
Si corregir se puede, te prometo
Que Bruto hará justicia á tu demanda.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. De marzo corren ya catorce días.

BRUTO. Bien. Cuida de la puerta. Llama alguno.
(Vase Lucio.)
Desde que Casio censurara á César
No he pegado los ojos.
Entre cumplir un acto tan terrible
Y mi primer impulso, el intervalo
Es cual fantasma de espantoso sueño.
El alma y mis potencias corporales
En discusión están, y así padece
Mi humano ser, como abatido reino.
Cruel revolución.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. Es el que llama vuestro hermano Casio.
Que os quiere ver, señor.

BRUTO. Dí, ¿viene solo?

LUCIO. Otros vienen con él.
BRUTO. ¿Tú los conoces?
LUCIO. No señor. Embozados todos vienen;
Sus sombreros calados sobre el rostro
Para que nadie conocerlos pueda
Por sus facciones.
BRUTO. Pasen adelante. (Vase LUCIO)
Los conjurados son. ¿Dí, te sonroja,
Conspiración, mostrar tu faz siniestra
De noche y cuando el mal tan libre vaga?
¿Dónde entonces verás, al ser de día,
Caverna suficientemente oscura
Para ocultar tu cara monstruosa?
No la busques. Tu rostro con sonrisas
Halagador encubre, que ostentando
Tu natural semblante, ni el Erebo
Tan opaco será que te guarezca.

Entran CASIO, CASCA, DECIO, CINA, METELO
CÍMBER y TREBONIO.

CASIO. Perturbamos, me temo, tu reposo.
Salud, Bruto. ¿Venimos á estorbarte.
BRUTO. Una hora hace que salí del lecho,
Pues no pude dormir la noche entera.
¿Son conocidos míos estos hombres?
CASIO. Todos lo son y á nadie ves que deje
De venerarte; y todos desearían
Que la opinión tuvieras de tí mismo
Que de tí todo noble en Roma tiene.
Este es Trebonio.
BRUTO. Bien venido sea.
CASIO. Decio Bruto.
BRUTO. También muy bien venido.
CASIO. Casca, Cina, Metelo CíMBER éste.
BRUTO. Muy bien venidos todos.
¿Qué velador cuidado se interpuso
Entre los ojos vuestros y la noche.
CASIO. ¿Permites que te diga una palabra?
(Bruto y Casio hablan aparte.)
DECIO. El Oriente es aquel. ¿Por ese lado
No rompe el día?
CASCA. No.
CINA. Sí tal. Perdona,
Esas franjas grisáceas, que guarnecen
Las nubes, mensajeras son del día.
CASCA. Confesaréis que estáis equivocados.
Ahí sale el sol donde mi espada apunta,
Mucho más hacia el Sur, pues es preciso
Tener en cuenta la estación del año.

Dentro de un par de meses, más al Norte
 Despuntará su luz. Yace el Oriente
 En igual dirección que el Capitolio.

BRUTO. Dadme las manos vuestras uno á uno.
 CASIO. Y juremos cumplir nuestro proyecto.
 BRUTO. No; no juréis. Si el sonrojado rostro,
 Si la angustia del alma, si el reproche
 Del mundo no son móviles bastantes,
 Pongamos aquí fin, y cada uno
 Vuélvase en busca del ocioso lecho.
 Pábulo dad al fiero despotismo,
 Y caigamos después uno tras otro.
 Mas si estímulos son, como los juzgo,
 Si su fuego enardece aun al cobarde,
 Si con la cota del valor reanima
 Aun de la hembra el desmayado aliento,
 ¿Qué estímulo mayor, paisanos míos,
 Que nuestra propia causa, que nos lleva
 Correctivo á buscar? ¿ni qué más lazo
 Que la palabra que empeñada tienen
 Nobles Romanos que cejar no saben?
 ¿Qué juramento más que el compromiso
 De nuestra honra con la honra ajena,
 De cumplir ó morir en la demanda?
 Que juren sacerdotes y cobardes,
 Hombres astutos, viejos corrompidos,
 Y almas enfermas que en el mal se gozan,
 Que en viles causas juren esos seres
 De quienes cabe duda: no turbemos
 La serena virtud de nuestra empresa
 Ni el temple de este espíritu indomable,
 Pensando que requieren nuestra causa
 Ni nuestros actos juramento alguno,
 Pues cada gota que de sangre lleva
 Cada Romano, con orgullo tanto,
 Es culpable de sendas bastardías
 Si en la parte más mínima faltase,
 Tan siquiera una vez, á su promesa.

CASIO. ¿Qué hacer con Cicerón? ¿Lo tanteamos?
 Su auxilio puede ser de gran valía.

CASCA. No está bien excluirlo.

CINA. No por cierto.

METELO. ¡Oh! Contemos con él. Sus níveas canas
 Nos ganarán la estima de las gentes,
 Y comprarán las lenguas que realcen
 Nuestros actos. Dirán que su talante
 Nuestras manos guió, sin que aparezcan
 Ni nuestra poca edad ni audaz conducta,
 En su imponente calma sepultadas.

BRUTO. No le nombréis. En él no confiamos.

No seguirá jamás plan que otro inicie.
 CASIO. Pues dejadlo.
 CASCA. Verdad; no nos conviene.
 DECIO. ¿Morirá sólo César?
 CASIO. Oportuna
 Es la pregunta, Decio. Marco Antonio,
 De César tan querido, no debiera
 Sobrevivir á César. En intrigas
 Es hábil; ya sabéis que tiene medios
 Y puede, aprovechándolos, dañarnos.
 Precaviéndonos, pues es conveniente.
 Que á un mismo tiempo Antonio y César caigan.
 BRUTO. Sangrienta por demás nuestra conducta,
 Cayo Casio, creerán, tajando miembros
 Después de haber cortado la cabeza.
 Cual si la muerte diéramos con furia,
 Y la crueldad siguiese, pues Antonio
 Es de César un miembro solamente.
 Ser sacrificadores es preciso,
 No carniceros, Casio. Nos alzamos
 Todos contra el espíritu de César;
 Y del hombre el espíritu no sangra.
 ¡Oh, que herir al espíritu de César,
 Sin lastimar su cuerpo, fuera dado!
 Mas, ¡ay, que César sangrará por ello!
 Matémosle, dignísimos amigos,
 Con valor, no con saña. Que aparezca
 Manjar para los Dioses preparado,
 Y no despojo de lebreles digno.
 Que nuestros corazones nos inciten,
 Y que al par nos contengan, como suelen
 Hacer astutos amos cuando impulsan
 A sus sirvientes á violenta empresa.
 Esto hará que parezca necesario
 El propósito nuestro, no venganza;
 Y, á la vista del público, seremos
 Purgadores así, mas no asesinos.
 Y, en cuanto á Marco Antonio, no os preocupe;
 Hará lo que de César haga el brazo,
 Cuando de César falte la cabeza.
 CASIO. Le temo yo, no obstante; que profunda
 Es su amistad á César.
 BRUTO. ¡Ay, buen Casio!
 No pienses más en él.—Si quiere á César,
 Él hará lo que pueda por sí solo;
 Morir por César de dolor: y eso
 Es harto, pues le agrada divertirse,
 La crápula y el trato de las gentes.
 TREBON. Temerle no debemos. Que no muera.
 Que viva, y él reirá de esto más tarde.

BRUTO. Silencio. ¿Qué hora es? (Suena un reloj.)
CASIO. Las tres sonaron.
TREBON. Separarnos debemos.
CASIO. Aun se duda
Si César hoy saldrá. Supersticioso
Se ha vuelto últimamente, abandonando
Las creencias que tuvo en otros tiempos
Sobre prodigios, sueños y visiones.
De esta noche el espanto nunca visto,
Y la opinión de sus augures, puede
Quizá impedir que hoy vaya al Capitolio.

DECIO. Tal cosa no temáis; si eso pensare.
Yo le convenceré, pues aunque escucha
Con la risa en los labios que se apresan
Unicornios con árboles, y osos
Con espejos, con hoyos elefantes,
Con red leones y hombres con lisonjas,
Cuando después le digo que detesta
á todo adulador, «sí,» me responde,
Precisamente cuando más lo adulo,
Dejadme trabajar:
Dando á su humor la dirección precisa,
Yo lograré que vaya al Capitolio.

CASIO. No tal. Todos iremos á buscarlo.
BRUTO. Cuando dieren las ocho, ¿no más tarde?
CINA. No más tarde ha de ser.—Que no haya falta.
METELO. Es á César hostil Cayo Ligario,
Que reprendido fué porque á Pompeyo
Encomió; mas lo echáis ahora en olvido.

BRUTO. Pues, amigo Metelo, vé en su busca.
Me quiere bien, y con razón de sobra.
Dí que venga; veré de asegurarlo.

CASIO. Va amaneciendo; te dejamos, Bruto.
Partid, amigos. Todos recordemos
Lo dicho, y demostrad que sois Romanos.

BRUTO. Dignísimos amigos, bulliciosos
Ostentaos y alegres, no se vea
El propósito nuestro en el semblante;
Y, como nuestros cómicos romanos,
Serenidad al exterior y brío,
Y á despedirnos ya.—Salud á todos.
(Vanse todos menos Bruto.)
¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Duermes?—Nada importa.
El plácido, dulcísimo rocío
Goza del sueño. Libre de quimeras,
De fantasmas estás, con que al cerebro
Oprimen de este mundo los cuidados
Por eso gozas sueño tan tranquilo.

Entra PORCIA.

PORCIA. Bruto, señor.
BRUTO. Mas, Porcia, ¿qué te pasa?
¿Por qué el lecho abandonas tan temprano?
No es conveniente á tu salud que expongas
Tu frágil ser del alba á la crudeza.

PORCIA. Ni á tu salud tampoco: ahora dejaste
Mi lecho con desdén, y de repente
Te levantaste de la cena anoche
Y con cruzados brazos, caviloso,
Al par que paseabas, suspiraste.
Y cuando te pregunto qué te ocurre,
En mí fijas adusto la mirada.
Insisto; mas despeinas tus cabellos,
É impaciente tu pie hiere la tierra;
Insisto aún, y nada me respondes;
Mas moviendo tu mano con enojo,
Que te deje me indicas, y eso hice,
Acrecentar temiendo tu impaciencia
Por demás encendida, y presumiendo
Que pasajero mal humor sería
Que en ocasiones acomete á todos.
Mas comer y dormir y hablar te impide,
Y si pudiese transformar tu cuerpo
Como te tiene trastornada el alma,
Ni aun yo pudiera conocerte, Bruto.
¡Señor, que sepa yo cuál es tu cuita!

BRUTO. No gozo de salud. Tan sólo es eso.
PORCIA. Bruto discreto es. Si no gozara
De salud, de curarse trataría.

BRUTO. Tal hago.—Vete al lecho, amada Porcia.
PORCIA. ¿Enfermo Bruto está, y es provechoso
Desceñido salir, y los vapores
Aspirar de la húmeda alborada?
¿Enfermo Bruto está, pero abandona
Su blando lecho, y el fatal contagio
Afronta de la noche, y desafía
La humedad y la atmósfera viciada
Para aumentar su mal?—No, Bruto mío.
En tu mente está el mal que te atormenta,
Que, por razón y por virtud del puesto
Que ocupo junto á tí, me corresponde
Conocer. De rodillas te conjuro
Por mi beldad, que un tiempo celebraste;
Por tus votos de amor, por ese voto
Que nos incorporó, que uno nos hizo,
Que á mí, que á tí, que á tu mitad confíes
La causa de tu pena. ¿Quiénes fueron
Los que á verte vinieron esta noche?—
Vinieron seis ó siete, que ocultaron

Aun de la misma oscuridad sus rostros.
 BRUTO. Amada Porcia, no te postres.
 PORCIA. Fuera
 Mi amante Bruto, y falta no me haría.
 ¿En el contrato, dí, de nuestra boda,
 Se dice, Bruto, que ningún secreto
 Tuyo debo saber? Y ¿por ventura,
 Soy yo tú, de manera limitada,
 Para hacerte á la mesa compañía,
 Tu lecho confortar, y hablar contigo
 Alguna que otra vez? ¿Ocupo sólo
 De tu cariño, dí, los arrabales?
 Si eso yo fuera y nada más, de Bruto
 Porcia la dama es, mas no la esposa.
 BRUTO. Tú eres mi fiel, mi honrada esposa eres,
 Más cara para mí que las rojizas
 Gotas que al triste corazón afluyen.
 PORCIA. Si eso fuera verdad, yo conociera
 Este secreto.—Soy mujer, lo admito;
 Sin embargo, mujer que por esposa
 Aceptó Bruto.—Soy mujer, lo admito;
 Sin embargo, mujer de limpia fama;
 La hija de Catón.—¿Acaso piensas
 Que es mi fuerza la fuerza de mi sexo,
 Teniendo padre tal y tal esposo?—
 ¿Qué te pasa? Jamás he de decirlo.
 Pruebas he dado ya de mi firmeza
 Cuando mi muslo herí con mano ruda.
 Y si pude aguantar eso paciente,
 ¿Por qué no los secretos de mi esposo?
 BRUTO. ¡Oh Dioses! ¡Digno de tan noble esposa
 Hacedme á mí! Silencio, que alguien llama.—
 Entra un momento, Porcia. Los secretos
 Que en mi pecho encerré, más adelante
 Compartiré contigo;
 Mis compromisos todos, y las causas
 Del sombrío carácter de mi rostro.
 Déjame presto. ¿Quién llamaba, Lucio?
 (Vase Porcia.)

Vuelven á entrar LUCIO con LIGARIO.

LUCIO. Un enfermo, señor, que hablarte quiere.
 BRUTO. Cayo Ligario, de que habló Metelo.—
 Muchacho, aparta. Ven, Cayo Ligario.
 LIGARIO. Deja á mi débil lengua saludarte.
 BRUTO. ¿Qué tiempo has escogido, noble Cayo
 Para gastar pañuelo! No quisiera
 Enfermo verle.
 LIGARIO. Si entre manos Bruto

Algún asunto tiene de honra digno,
Ha cesado mi mal.

BRUTO. Ligario, tengo
Tal asunto entre manos; si tuvieres
Salud para escucharlo, lo sabrías.

LIGARIO. ¡Juro á todos los Dioses que veneran
De hinojos los Romanos, que depongo
Aquí mi enfermedad! Alma de Roma,
Tú de nobles ijares hijo bravo,
Cual exorcista á conjurar llegaste
De mi espíritu el mal. Díme que corra,
Y me verás luchar contra imposibles,
Y vencerlos también.—¿Qué debe hacerse?

BRUTO. Obra en que han de sanar muchos enfermos.

LIGARIO. ¿Y en que hemos de enfermar a algunos sanos?

BRUTO. Eso, también. Buen Cayo, lo que sea
Te diré de camino que marchemos
Y contra quién será.

LIGARIO. Mis pasos guía..
Con corazón recién enardecido
Te sigo no sé á qué, pero me basta
Ser guiado por Bruto.

BRUTO. Pues bien, sigue. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.—En el palacio de César.

Truenos y relámpagos.—Entra CÉSAR en traje de noche.

CÉSAR. Esta noche ni el cielo ni la tierra
Han gozado de paz. Mientras dormía,
Ha gritado Calpurnia por tres veces:
«¡Favor, que á César matan!» Entre alguno.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIEN. ¡Señor!

CÉSAR. Dí que los sacerdotes sacrifiquen,
Y sepa yo cuál es el resultado.

SIRVIEN. Así lo haré, señor. (Vase.)

Entra CALPURNIA.

CALPUR. César, ¿qué vas á hacer? ¿Salir intentas?
Lo que es hoy, de tu casa no te mueves

CÉSAR. César saldrá. Tan solo mis espaldas

Han visto los que á mí me amenazaron
Al ver de César el semblante huyeron.
CALPUR. Nunca en presagios he creído, César,
Pero me aterran hoy. Cuenta allí uno
Que á más de lo que vimos y sabemos,
Los guardias vieron hórridas visiones.
Ha parido en la calle una leona,
Y se abrieron las tumbas y sus muertos
Vomitaron. Guerreros, encendidos
En cólera, lucharon en las nubes
En filas y escuadrones, y formados
Como dispone el arte de la guerra,
Y ha regado su sangre el Capitolio.
Rumor de lucha estremeció los aires,
Y se oyeron relinchos de corceles,
Y ayes de moribundos, y fantasmas
Gritos dieron y aullidos por las calles.
¡Oh César! son inusitadas cosas
Que de terror me llenan.

CÉSAR. ¿Quién evita
Lo que los altos Dioses se proponen?
Pero César saldrá; que estos presagios
Al mundo entero como á César hablan.

CALPUR. Cometas no se ven si muere un pobre,
Mas la muerte del grande el cielo alumbra,

CÉSAR. Antes de hallar la muerte, los cobardes
Mueren veces distintas; los valientes
Sólo una vez la muerte saborean.
La maravilla que mayor asombro
A mí me causa, es del mortal el miedo,
Pues la muerte vendrá, cual fin preciso.
Cuando venga.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE.

SIRVIEN. ¿Qué dicen los augures?
Pretenden que no salgas hoy de casa.
Al sacar las entrañas de una ofrenda,
Sin corazón al animal hallaron.

CÉSAR. Así avergüenzan al pavor los Dioses.
Bestia sin corazón César sería
Si hoy, por temor, permaneciera en casa.
No lo hará César. El peligro sabe,
Por demás, que el peligro grande es César.
Somos leones que en el mismo día
Nacimos, yo el mayor y el más terrible,
Y César saldrá, pues.

CALPUR. ¡Ay, dueño mío!
Tu confianza tu razón anubla.
No salgas hoy. Mi miedo, no tu miedo

Considera que en casa te detiene.
Mandemos al Senado á Marco Antonio,
Y que te encuentras indispuerto anuncie.
Déjame de rodillas convencerte.
CÉSAR. Marco Antonio dirá que mal me encuentro,
Y para complacerte, quedo en casa.

Entra DECIO.

DECIO. Decio Bruto aquí está. Que él se lo diga.
César, salud. Buen día, digno César.
Al Senado pretendo acompañarte.
CÉSAR. Vienes á buena hora. Mis respetos
Lleva á los senadores, y les dices
Que ir hoy no quiero—que no puedo es falso;
Que no me atrevo á ir, más todavía.
Que ir hoy no quiero, Decio, así les dices.
CALPUR. Díles que enfermo está.
CÉSAR. ¿Mentirles César?
¿Va á ser el resultado de extenderse
Tan lejos este brazo en la conquista,
Temer decir lo que es verdad á canas?
Que César ir no quiere díles, Decio.
DECIO. Dáme alguna razón, César potente,
No se burlen de mí si tal les digo.
CÉSAR. Es la razón mi voluntad, y basta
Con decir al Senado que no quiero;
Mas a tí te diré, porque lo sepas,
Y porque á tí te estimo, que Calpurnia,
Mi esposa, en casa detenerme quiere.
Esta noche soñó que vió mi estatua,
Cual fuente de cien bocas, pura y roja
Sangre manar, y que después vinieron
Numerosos Romanos eminentes
Allí risueños á bañar sus manos.
Y todo esto cual aviso juzga
De inminentes peligros, y de hinojos
Ahora me ruega que me quede en casa.
DECIO. Ese sueño fué mal interpretado.
Fué visión halagüeña y venturosa.
Tu estatua dando sangre, en que se bañan
Risueños los Romanos, significa
Que regenerará tu sangre á Roma,
Y que, como reliquias y recuerdos,
Querrán los que más valgan recogerla.
Esto nos dice el sueño de Calpurnia.
CÉSAR. Y muy bien que lo explicas de ese modo.
DECIO. Sí tal; y más si escuchas lo que sigue
Sábelo, pues.—Al poderoso César
Hoy el Senado brinda la corona.

Si dices que no vas, mudar consejo
Pudieran; ó, quizás, tomarlo á burla,
Que alguno interpretar así podría:
«Disolved el Senado, hasta que sueños
Más gratos tenga la mujer de César.»
O afirmarán, si así César se esconde,
Que César miedo tiene.
Perdona, César; el cariño mío
Contra tu proceder á hablar me obliga,
Pues mi cariño á mi razón se amolda.
CÉSAR. ¡Cuán necios ya parecen tus temores,
Calpurnia! Me avergüenza haber cedido.
Venga mi manto, que ir es fuerza,—Mira.
Allí para llevarme Publio viene.

Entran PUBLIO, BRUTO, LIGARIO, METELO, CASCA,
TREBONIO y CINA.

PUBLIO. César, salud.
CÉSAR. Muy bien venido, Publio.
Hola, Bruto, ¿también así madrugas?
Casca, salud. Cayo Ligario, César
Nunca tan grande enemistad te tuvo
Cual la fiebre que así te ha enflaquecido.
¿Qué hora dió?
BRUTO. César, son las ocho dadas..
CÉSAR. Vuestro interés aprecio y cortesía.

Entra ANTONIO.

¡Ved! Antonio trasnocha y se divierte,
Mas madruga también. Salud, Antonio.
ANTONIO. Lo propio al noble César.
CÉSAR. Vé; díles que se alisten.
De que así me esperéis la culpa es mía.
¡Cina! ¡Metelo! ¿Qué? ¿También Trebonio?
Una hora te tengo reservada
Para que hablemos. Luego ven á verme,
Y á fin que no lo olvide, ponte cerca.
TREBON. César, sí tal. (Aparte.) Tan cerca, que más lejos
Tus mejores amigos me querrían.
CÉSAR. Entrad, amigos: libaremos juntos,
Y, cual amigos, juntos partiremos.
BRUTO. (Aparte.) Ese cual no es cual es. ¡Pensarlo, César
Hace estallar el corazón de Bruto! (Vanse.)

ESCENA III.

Roma—Una calle cerca del Capitolio.

Entra ARTEMIDORO leyendo un papel.

ARTEMID. —«César, guárdate de Bruto; cuídate de Casio; no te acerques á Casca; no apartes tus ojos de Cina; no te fíes de Trebonio; observa atentamente á Metelo Címber; Decio Bruto) no te quiere. Has ofendido á Cayo Ligario. Un solo pensamiento domina entre estos hombres, y se dirige contra César. Si no eres inmortal, vela por tí. La seguridad facilita la conspiración. Los prepotentes Dioses te amporen.—Tu amigo, ARTEMIDORO.»

Aquí me quedo hasta que César pase,
Y esto le doy cual si una instancia fuese.
Mi corazón lamenta que no pueda
Existir la virtud sin que le alcance
El diente de la envidia.—César, puedes,
Si esto lees, vivir; ó pacto el hado,
Si no, con los traidores ha formado. (Vase.)

ESCENA IV.

Roma.—otra parte de la misma calle. Ante la casa de Bruto.

Entran PORCIA y LUCIO.

PORCIA. Corre, corre, muchacho.—Te lo ruego.
Al Senado vé tú. No te detengas
A responderme. Véte.—¿A qué te paras?
LUCIO. Para saber, señora, mi mensaje.
PORCIA. Quisiera que te fueses y volviesses
Aun antes de decirte lo que quiero,
¡Oh firmeza, protégeme! Coloca
Entre mi lengua y corazón un monte.
De hombre es mi alma, de mujer mi fuerza.
¡Y es arduo á la mujer guardar secretos!
¿Aun aquí estás?
LUCIO. ¿Qué debo hacer, señora?
PORCIA. Al Capitolio ir.
LUCIO. ¿Y eso tan solo?
Y aquí luego volver. ¿Y eso tan solo?
PORCIA. Avísame, muchacho, si tu amo
Se encuentra bien, porque salió indispuerto.
De lo que César haga toma nota.
Mira qué pretendientes se le acercan.
Oye, ¿qué ruido es ese?
LUCIO. No oigo nada.
PORCIA. Oye. Pon atención. Cual de un tumulto
Oigo el sordo rumor. Hasta este sitio
Del Capitolio lo conduce el viento.
LUCIO. Nada oigo yo, señora.

Entra un ADIVINO.

PORCIA. Oye tú; ven aquí. ¿Dónde has estado?
ADIVINO. ¿Yo, señora? en mi casa.
PORCIA. ¿Qué hora es esta?
ADIVINO. Serán sobre las nueve.
PORCIA. ¿Al Capitolio, díme, llegó César?
ADIVINO. Aun no. Me voy para ocupar mi puesto,
Y verle cuando llegue al Capitolio.
PORCIA. ¿Alguna pretensión tienes con César?
ADIVINO. Sí, señora. Si gusta, complaciente,
César servir á César y escucharme,
Le diré que á sí propio se defienda.
PORCIA. ¡Qué! ¿sabes si dañarle quiere alguno?
ADIVINO. Nada sé con certeza; mucho temo.
Pasadlo bien. Se estrecha aquí la calle.
Las turbas, que de César tras las huellas
Siguen de senadores y pretores
Y meros pretendientes, al que es débil
Pueden, quizá, matar como lo estrujen.
Voyme á sitio más ancho, desde donde
Pueda hablar al gran César cuando pase. (Vase.)
PORCIA. Entremos. (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡cuán débil cosa
De la mujer el corazón! ¡Oh! Bruto,
Que te amparen los cielos en tu empresa.
El muchacho me oyó seguramente.—
Es una pretensión que tiene Bruto
Que le rehusa César.—Desfallezco.
Corre, Lucio. Recuérdame á tu amo.
Díle que alegre estoy. Ven luego á verme,
Y nuevas me traerás de lo que diga.
(Vanse separadamente.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA

Ante el Capitolio.—Los Senadores ocupan sus asientos. Gentes en la calle contigua al Capitolio, entre ellas, Artemidoro y el Adivino.— Clarines.

Entran CÉSAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METE LO, TREBONIO, CINA, ANTONIO, LÉPIDO, POPILIO, PUBLIO y otros.

CÉSAR. Ya los idus de marzo aparecieron.
ADIVINO. Verdad es, César, pero no pasaron.
ARTEMID. ¡César, salud! Estos renglones lee.
DECIO. Trebonio te suplica que repases,
En cuanto puedas, esta humilde instancia.
ARTEMID. ¡Oh César! preferencia da á la mía,
Que atañe más á César. Lee, gran César.
CÉSAR. La última será, pues que me atañe.
ARTEMID. César, no te detengas.—Presto lee.
CÉSAR. ¿Pero está loco?
PUBLIO. Deja el paso franco.
CASIO. Hasta en la calle pretender te ocurre.
Al Capitolio vé.

(César entra en el Capitolio. Los demás le siguen. Todos los Senadores se levantan.)

POPILIO. Ojalá que prospere nuestra empresa.
CASIO. ¿Qué empresa, dí, Popilio?
POPILIO. Buenos días.
(Adelántase hacia César.)
BRUTO. ¿Qué te dijo Popilio?
CASIO. Que ojalá nuestra empresa prosperara.
Me temo que conozcan nuestros planes.
BRUTO. Ve, va en busca de César. Mira.
CASIO. Casca,
Prontitud, que se teme que lo eviten.
¿Qué hacemos, Bruto? Si esto se descubre,
O Casio ó César ya tornar no pueden;
Que muerte me daré.
BRUTO. Firmeza, Casio.
Popilio Lena á nuestro plan no alude.
Impávido está César y él sonrío.
CASCA. Trebonio alerta está. Míralo, Bruto.
De aquí alejar á Marco Antonio intenta.
(Vanse Antonio y Trebonio. César y los Senadores ocupan sus
asientos.)
DECIO. ¿Dónde Metelo está? Dirija luégo

Su pretensión á César.

BRUTO. Ya principia.
Acércate y secúndalo.

CINA. Tu mano,
Casca, será la que primero hiera.

CASCA. ¿Estamos listos todos?

CÉSAR. ¿Y qué pueden
César hoy remediar y su Senado?

METELO. Excelso, insigne, prepotente César.
Su humilde corazón Metelo Címben
A tus pies pone. (Arrodillándose.)

CÉSAR. Címben, te lo vedo.
Santa abyección, tan torpes cortesías.
Del vulgo, acaso, encenderán la sangre,
Transformando las leyes y sentencias
En infantiles juegos. No imagines
Que es de César la sangre tan rebelde
Que disolver es dado su carácter
Con lo que puede derretir al necio.
Es decir, con melíflüas palabras,
Con bajas y serviles reverencias,
Y con halagos propios de lebreles.
Una sentencia desterró á tu hermano;
Si, humillado, por él pides y halagas,
Te aparto de mi senda como a un perro.
Que César no es injusto ten sabido,
Y que sólo razones le convencen.

METELO. ¿Y no habrá voz más apta que la mía
Que pueda penetrar con más dulzura
En los oídos del insigne César
Porque el destino de mi hermano anule?

BRUTO. Sin adularte, yo beso tu mano,
Suplicándote, César, que retorne
Al punto Publio Címben.

CESAR. ¡Cómo! ¡Bruto!

CASIO. ¡Perdón, César, perdón! Casio se postra
Humilde hasta tus plantas, y te ruega
El destierro anular de Publio Címben.

CÉSAR. Si fuese cual vosotros, cedería;
Si, por ventura, yo rogar supiese,
Cediera á ruegos. Pero soy tan firme
Cual la estrella polar, que, fija, inmóvil,
Par del cielo en la bóveda no tiene.
Chispas sin fin el firmamento ostenta;
De fuego todas son, todas brillantes;
Mas su puesto ocupar sabe una sola.
En el mundo es igual. Hombres lo pueblan.
De carne y hueso son, é inteligentes;
Mas existe, entre tantos, solo uno
Que mantenga su puesto invulnerable

Sin cejar una vez,—y yo soy ese.
Por tanto, que aun en esto se conozca.
Firmeza tuve al desterrar á Címber,
Y firmeza igualmente disponiendo
Que quede desterrado.

CINA. ¡César!

CÉSAR. ¡Fuera!

¿Acaso á conmovierais el Olimpo?

DECIO. ¡Gran César!

CÉSAR. ¿No está Bruto inútilmente
De rodillas?

CASCA. ¡Por mí las manos hablen!

(Casca hiere á César en el cuello. César le coge el brazo. Hiérenle
luego varios conspiradores; el último Marco Bruto.)

CÉSAR. ¿Tú también, Bruto?—Muere, entonces, César.

(Muere.—El Senado y el pueblo se retiran en tropel.)

CINA. Independencia y libertad. Ha muerto
La tiranía.—¡Presto! por las calles
Volando id y proclamadlo á gritos.

CASIO. A la tribuna algunos, y que griten:
¡Independencia, libertad y fueros!

BRUTO. No hay que asustarse, pueblo y Senadores.
Quedaos aquí. Permaneced tranquilos.
Ha satisfecho la ambición su deuda.

CASCA. Ocupa, Bruto, la tribuna.

DECIO. Casio,

Ocúpala también.

BRUTO. ¿Dónde está Publio?

CINA. Aquí, por los sucesos aturrido.

METELO. Defendámonos juntos, que no vaya
Algún parcial de César...

BRUTO. De defensa no habléis. Animo, Publio,
Que ni á tí ni á ningún otro Romano
Se pretende ofender. Publio, así dílo.

CASIO. Déjanos, Publio; que pudiera el pueblo
Maltratar tu vejez, si nos ataca.

BRUTO. Hazlo. Del acto responsables sean
Nadie más que nosotros los autores.

Vuelve á entrar TREBONIO.

CASIO. ¿En dónde Antonio está?

TREBON. Fuese á su casa

Lleno de horror. Hombres, mujeres, niños.
Cual si el juicio final llegado hubiera,
Huyen sobrecogidos dando voces.

BRUTO. Hado, tu voluntad conoceremos;
Sabemos que morir es necesario.
Sólo el instante en que ha de ser, los días
Que le restan aún, preocupa al hombre.

CASIO. Quien de su vida merma veinte años,
Esos al miedo de la muerte merma.

BRUTO. Es ventura el morir si eso se admite;
Y de César así somos amigos,
De su miedo á morir mermando días.
Inclinaos, Romanos; hasta el codo
En la sangre de César que hoy se bañen
Vuestras manos; y tintas vuestras armas,
Al Foro aproximémonos, llevando
Enhiesto el rojo hierro, dando el grito
De paz, de libertad é independencia.

CASIO. Inclinaos, baños. ¡Cuántas veces
Verá lo porvenir representada
Por nuevas gentes tan gloriosa escena,
Y con acentos hoy desconocidos!

BRUTO. ¡Cuántas veces en mero simulacro
Sangrará César, que cual polvo yace
A los pies de la estatua de Pompeyo!

CASIO. Y dirán de nosotros, si eso ocurre,
Que libertad á nuestra patria dimos.

DECIO. Decid, ¿nos vamos?

CASIO. Todos. Bruto gué,
Y su huella honrarán los más valientes,
Los más honrados hombres que hay en Roma.

Entra un SIERVO

BRUTO. ¡Callad! ¿Quién es? Satélite de Antonio.

SIERVO. Que me arrodille así manda mi amo;
Que así me humille Marco Antonio manda,
Y postrado decir: «Ilustre es Bruto,
Hábil, valiente, honrado. César era
Grande, atrevido, regio y bondadoso.
Que estimo á Bruto dí, que lo venero;
Dí que estimaba y veneraba á César.
Si Bruto da seguridad á Antonio
Para venir á verlo, y le convence
De que César la muerte merecía,
No ha de estimar en menos Marco Antonio
Al vivo Bruto que al difunto César;
Y con fe la fortuna y el partido
Del digno Bruto seguirá, los riesgos
De situación tan crítica afrontando.»
Esto decir me ordena mi amo Antonio.

BRUTO. Romano discretísimo y valiente
Siempre he juzgado á tu señor. Responde
Que ha de quedar, si viene, satisfecho;
Y sin ofensa partirá, lo juro.

SIERVO. Vendrá inmediatamente. (Vase.)

BRUTO. Por amigo

Lo tendremos sin duda.

CASIO.

Así sea;
Mas algo en mí despierta mis recelos,
Y mis presagios acertaron siempre.

Vuelve á entrar ANTONIO.

BRUTO.

Antonio llega. Bien venido, Antonio.

ANTONIO.

¡Oh excelso César, tan postrado yaces?
¡Conquistas, glorias, triunfos y trofeos
Se han reducido á tan pequeño espacio?
Quédate en paz.—Patricios, desconozco
Lo que pensáis hacer; quiénes más deben
Su sangre derramar en este día;
Quién trasciende cual él: si por acaso
Fuese yo, no habrá hora cual la hora
En que ha espirado César; ni arma alguna
Que valga la mitad de lo que valen
Los hierros que ostentáis, enrojecidos
Con la sangre más noble de este mundo.
Si os fuese odioso yo, lo que os parezca
Ahora podéis hacer, mientras humeen,
Mientras chorreen vuestras manos rojas.
Aunque viva mil años, tan dispuesto
Cual hoy nunca estaré; ni sitio alguno
Tanto me agrada cual junto á César;
Ni otra muerte que muerto por vosotros,
Los genios de esta edad, los escogidos.

BRUTO.

¡Oh Antonio! Por tu muerte no supliques,
Aunque cruel y sanguinario aspecto
Nuestras manos nos dan y nuestra empresa,
Nuestras manos contemplan solamente
Y la sangrienta acción que ejecutaron,
No nuestros corazones compasivos.
La compasión de Roma por los males.
La compasión. Cual mata al fuego el fuego,
Mató á la compasión con esta hazaña.
En cuanto á tí, de plomo son las puntas
De las espadas nuestras, Marco Antonio,
Sin rencor nuestras almas, y con temple
Fraternal, corazones te reciben
Llenos de amor, de estima y de respeto.

CASCA.

Cual la que más tu voz será escuchada
Al repartir futuras dignidades.

BRUTO.

Ten calma por ahora, que precisa
Apaciguar el miedo de las gentes.
Después te contaré por qué motivos
Herí, no obstante mi amistad, á César.

ANTONIO.

No pongo en duda vuestro recto juicio.—
Déme uno á uno su sangrienta mano.

Marco Bruto, la tuya la primera;
Después la tuya, Cayo Casio. Ahora
La tuya, Decio Bruto; tú, Metelo;
Tú, Cina; tú también, valiente Casca;
Tú, el último nombrado, buen Trebonio,
Mas no por eso en mi amistad postrero.
¿Qué decir? Todos sois á cual más nobles.
Va mi opinión por suelo que resbala.
Mal de mí juzgaréis de todos modos,
Adulador creyéndome ó cobarde.
Profunda era mi amistad, ¡oh César!
Si tu espíritu, pues, ahora me mira,
Dí, ¿no te dolerá más que la muerte
Contemplar á tu Antonio hacer las paces
Con los que fueron enemigos tuyos,—
Dignísimos—delante de tu cuerpo,
Sus manos estrechando ensangrentadas?
Si ojos tuvieras cual heridas tienes,
Si lloraran cual vierten ellas sangre
Me cuadrara mejor que pacto alguno
De amistad proponer á tus contrarios.
Julio, perdón.—Aquí, ciervo valiente,
Te cazaron. Aquí por fin caíste.
Allí tus cazadores, señalados
Con tus despojos y en tu muerte tintos.
¡Oh mundo! bosque de este ciervo fuiste
Mientras el fué tu corazón, ¡oh mundo!
A derribado ciervo te asemejas...
Por principes herido.

- CASIO. ¡Marco Antonio!
- ANTONIO. Cayo Casio, perdón. Esto de César
Dirán sus enemigos. En su amigo
Es ensalzarlo con frialdad.
- CASIO. No culpo
Que á César glorifiques; mas ¿qué intentas?
¿Entre nuestros amigos te contamos,
U obrar debemos sin contar contigo?
- ANTONIO. Ya la diestra os tendí; mas, francamente,
Me aparté del asunto viendo á César.
Soy vuestro amigo, y os aprecio á todos;
Mas quiero que digáis por qué motivo
Habéis juzgado peligroso á César.
- BRUTO. Espectáculo digno de salvajes
Este fuera, si no. Nuestras razones
Serán tan poderosas, que si fueses
De César hijo, Antonio, te bastaran.
- ANTONIO. Pues eso busco, y además pretendo
Que su cadáver se conduzca al Foro,
Y desde la tribuna, cual amigo,
Dejadme celebrar sus funerales.

BRIJTO. Lo harás, Antonio.

CASIO. (Aparte á Bruto.) Bruto, una palabra.
No sabes lo que haces. No consientas
Que hable en sus funerales Marco Antonio.
¿Sabes tú, por ventura, hasta qué punto
Conmoverá á las gentes lo que diga?

BRUTO. (Aparte á Casio.)
Perdóname.—Yo mismo la tribuna
Antes pienso ocupar; y, los motivos
De la muerte de César exponiendo,
Diré que todo lo que Antonio diga
Es con nuestra sanción y nuestra venia.
Que con César queremos que se cumplan
Los ritos todos que le son debidos.
Y esto provecho nos hará, no daño.

CASIO. (Aparte á Bruto).
No sé qué pasará, mas no me agrada.

BRUTO. Antonio, el cuerpo de tu César toma.
La fúnebre oración que pronunciaras
No ha de inculparnos, aunque en pro de César
Puedes decir cuanto te ocurra, y venia
Que nuestra tienes para hacerlo anuncia;
Si no, tu intervención no consentimos
En este funeral. Hablar te toca
De la tribuna misma que yo ocupe,
Y cuando acabe mi discurso.

ANTONIO. Sea.

BRUTO. Eso no más deseo.

BRUTO. El cadáver recoge, pues, y vente.
(Vanse todos menos Antonio).

ANTONIO. Perdón te pido, polvo ensangrentado,
Si humilde y débil soy con tus verdugos.
¡Oh despojos del hombre más insigne
Que navegó del tiempo en la corriente!
Maldecidas las manos que vertieron
Esta preciosa sangre. Profetizo
Ante estas tus heridas, mudas bocas
Cuyos rojizos labios entreabiertos
De mi lengua expresión y frases piden,
Que maldición fatal sobre las almas
De los hombres caerá. Civiles luchas,
Domésticos rencores implacables
Asolarán del Norte al Sur á Italia.
Dominará la destrucción, la sangre,
Y serán tan comunes los horrores,
Que las madres, al ver cuál descuartiza
Bélica furia á sus nacientes hijos,
Con sonrisas verán la horrible escena;
Ahogará á la piedad bárbaros usos;
Y de César la sombra vengadora

Con Ate en su compañía, que candente
Vendrá de los infiernos, á esta tierra
Con regio acento gritará: «matanza,»
Los perros de la guerra desatando;
Y el hálito de hazaña tan inicua
Del suelo ascenderá con los gemidos
De humanos cuerpos que sepulcros piden.

Entra un SIERVO.

SIERVO. ¿Al servicio no estás de Octavio César?
Es verdad, Marco Antonio.
ANTONIO. César le ha escrito que viniera á Roma.
SIERVO. Llegó á sus manos esa carta, y viene.
Y me ordenó decirte de palabra...
¡Oh, César!... (Viendo el cadáver de César.)
ANTONIO. ¿Te has conmovido?—Lejos véte y llora.
Es contagiosa tu aflicción; mis ojos.
Contemplando esas gotas en los tuyos,
Llanto vierten también.—¿Viene tu amo?
SIERVO. A siete leguas estará de Roma.
Esta noche.
ANTONIO. Pues vuelve de seguida,
Y díle lo que ocurre. Roma es esta,
Llena de luto.—Roma peligrosa,
No Roma para Octavio todavía.—
Vé y dílo.—Pero espera, no te vayas
Hasta que lleve al Foro este cadáver.
Allí, al hablar, veré cómo las gentes
Juzgan el acto cruel de estos verdugos;
Y, según lo que ocurra, puedes luego
Llevar á Octavio más precisas nuevas.
Ven. Préstame tu ayuda.
(Vanse con el cuerpo de César.)

ESCENA II.

Roma.—El Foro. Entran BRUTO y CASIO y una turba de CIUDADANOS.

CIUD. Explicación, explicación queremos.
BRUTO. Seguidme y escuchadme, amigos míos.
A la contigua calle vé tú, Casio,
Y divide á la gente.
Quédese aquí quien escucharme quiera.
Quien quiera oír á Casio que le siga;
Y al público daremos las razones
de la muerte de César.
CIUD. 1º Yo con Bruto

CIUD. 2.º Yo con Casio; y después compararemos
Las razones que cada cual nos diere.
(Vase Casio con varios ciudadanos. Bruto ocupa el Rostro.)

CIUD. 3.º El noble Bruto la tribuna ocupa.
¡Silencio!

BRUTO. Tened calma hasta escucharme.
Romanos, paisanos y amigos míos. Oídme defender mi causa, y, para mejor oírme, callad. Creed en mi honradez y respetad mi honra, á fin de que me creáis. Censúreme vuestro buen juicio y avivad vuestros sentidos para juzgar de mí con mayor acierto. Si hubiere alguno entre los presentes que entrañable amistad profesara á César, á él le digo que la amistad de Bruto á César no era menos entrañable que la suya. Así, pues, si este amigo preguntare por qué razón Bruto se alzó contra César, he aquí mi respuesta: «No fué porque amaba á Bruto menos, sino porque amaba á Roma más.» ¿Prefirierais que César viviera y morir esclavos, á que esté muerto César y vivir libres? Porque fué mi amigo, lo lloro. Porque afortunado fué, lo celebro; porque fué valiente, lo honro; porque fué ambicioso, lo maté. Lágrimas tuve para su amistad; regocijo por sus triunfos; encomios para su valor, y muerte para su ambición. ¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan necio que no quiera ser Romano? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan vil que no ame á su patria? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién me responde?

CIUD. —Nadie, Bruto, nadie.

BRUTO. —A nadie he ofendido, pues. He hecho con César lo que haríais con Bruto. Los registros del Capitolio exponen las causas de su muerte, y ni se amengua su merecida gloria, ni se agravan los motivos de su justa muerte.

Entran ANTONIO y otros con el cadáver de CÉSAR.

Aquí llega su cuerpo, que doliente conduce Antonio, quien aunque no tuvo parte en su muerte, saldrá ganancioso por ella, pues ocupará un puesto en la República. ¿Y quién de vosotros no?—Con esto os dejo. Maté á mi mejor amigo por la salud de Roma, y conservo ese mismo puñal para cuando mi patria requiera la muerte mía.

CIUD. ¡Que viva Bruto! ¡Viva!

CIUD. 1.º Conduzcámosle en triunfo hasta su casa.

CIUD. 2.º Una estatua, cual tienen sus mayores,
Debemos levantarle.

CIUD. 3.º César sea.

CIUD. 4.º En él de César lo mejor subsiste.

CIUD. 1.º Llevémosle con vítores y vivas
A su propia mansión.

BRUTO. Compatriotas...

CIUD. 2.º Silencio, que habla Bruto.

CIUD. 1.º Todos callen.

BRUTO. Compatriotas, permitidme ir solo.
Con Antonio quedaos, en mi obsequio;
Que honrar debéis de César el cadáver,
Y la oración que para honrar á César
Pronunciará, con nuestra venia, Antonio.
Suplico que de aquí nadie se ausente.
Yo solo faltaré, mientras él habla. (Vase.)

CIUD. 1.º Quedémonos á oír á Marco Antonio.
 CIUD. 3.º ¡Que la tribuna popular ocupe!
 Lo oiremos, ¡noble Antonio, á la tribuna!
 ANTONIO. En el nombre de Bruto os lo agradezco.
 (Sube á la tribuna.)
 CIUD. 4.º ¿Qué decía de Bruto?
 CIUD. 3.º Que las gracias
 En el nombre de Bruto daba á todos.
 CIUD. 4.º Más vale no hablar mal aquí de Bruto.
 CIUD. 1.º César era un tirano.
 CIUD. 3.º ¿Quién lo duda?
 Ya por suerte se ve de él libre Roma.
 CIUD. 4.º Callad. Oigamos qué le ocurre á Antonio.
 ANTONIO. Benévolos Romanos.
 CIUD. ¡Eh, silencio!
 Oigamos, pues.
 ANTONIO. Amigos y Romanos,
 Compatriotas, atención prestadme:
 A enterrar, no á ensalzar á César vengo.
 Al hombre sobrevive el mal que hizo;
 El bien se entierra con el cuerpo á veces.
 Se hará con César. El honrado Bruto
 Os ha dicho que César fué ambicioso;
 Si lo fué, falta inmensa fué la suya,
 É inmensamente César la ha purgado.
 De Bruto y de los otros, con la venia —
 Porque varón pundonoroso es Bruto —
 Todos lo son—pundonorosos todos—
 Al funeral de César vengo á hablaros.
 Mi amigo fué, constante y fiel conmigo;
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,
 Y Bruto es un varón pundonoroso.
 Infinitos cautivos prisioneros
 Él á Roma nos trajo, y sus rescates
 El público tesoro repletaron.
 ¿Esto ambición en César parecía?
 Viendo al pobre llorar, César lloraba:
 Es la ambición de material más rudo;
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,
 Y Bruto es un varón pundonoroso.
 Cuando en las Lupercales—bien lo visteis—
 Tres veces le ofrecí regia corona,
 Rehusó tres veces. ¿Ambición es esto?
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,
 Y es, sin duda, varón pundonoroso.
 Contradecir á Bruto no pretendo,
 A hablar de lo que sé tan sólo vine.
 Le amasteis una vez, y no sin causa.....
 ¿Qué causa, pues, detiene vuestro llanto?
 Razón, asilo entre las fieras busca,

Que los hombres prescinden de su juicio.—
Vuestro perdón reclamo, que con César
En su ataúd mi corazón se halla,
Y hablar no puedo hasta que al pecho torne.

CIUD. 4.º Hay mucho de verdad en lo que dice.
CIUD. 2.º Si con calma juzgáis, gran injusticia
Se cometió con César.

CIUD. 3.º ¿Piensas eso?—
Su puesto ocuparán otros peores.

CIUD. 4.º ¿Oísteis? Que no quiso la corona.
Que ambicioso no era es evidente.

CIUD. 1.º Pues si es así, le ha de pesar á algunos.
CIUD. 2.º ¡Qué buen alma! Cual fuego están sus ojos
Que enrojecen sus lágrimas.

CIUD. 3.º En Roma
En nobleza no iguala á Antonio nadie.

CIUD. 4.º Atención. Que principia hablar de nuevo.
ANTONIO. Ayer pudo de César la palabra
Contrarrestar al mundo. Muerto ahí yace,
Y ya ni el más humilde lo respeta.
¡Oh, señores! si acaso pretendiese
Los corazones excitar, las almas
A rebelarse, á enfurecerse, en daño
De Bruto y Casio fuera; y bien os consta
Que ambos varones son pundonorosos.
No es mi ánimo ofenderlos, no; prefiere
Ofender á los muertos, á mí mismo,
Y á vosotros también, que hacer ofensa
A tan pundonorosos ciudadanos.
Mas tengo en mi poder un pergamino,
De César con el sello. En su bufete
Lo hallé. Su voluntad postrera es esa.
Que oiga el pueblo tan sólo el testamento—
Que leer no es mi ánimo: excusadme—
Y del difunto César las heridas
Querréis besar, y en su sagrada sangre
Paños empaparéis. De él un cabello
Reclamaréis como eternal memoria;
Y al morir y al testar, á vuestros hijos
Los legaréis cual valiosa herencia.

CIUD. 4.º A ver el testamento, Marco Antonio.
TODOS. El testamento, el testamento. Oigamos
La voluntad de César.

ANTONIO. Sed pacientes,
Caros amigos. Leéroslo no debo,
No está bien que sepáis cuánto os amaba.
Ni toscos leños sois, ni sois de piedra;
Sois hombres, y cual hombres, de seguro
Que de César oyendo el testamento,
Se encenderá furiosa vuestra sangre,

Y perderéis el juicio: no es prudente
Que sepáis que herederos os declara.
Si lo supiérais, ¡qué no aconteciera!

CIUD. 1.º A ver el testamento, que lo oigamos.
Antonio, el testamento, el testamento.

ANTONIO. ¿Calma tendréis? ¿Os mantendréis tranquilos?
Mas de lo justo al mencionarlo, dije:
Y me temo, tal vez, causar ofensa
A esos pundonorosos ciudadanos
Que á César traspasaron con sus dagas.
En verdad que lo temo.

CIUD. 4.º Son traidores.
Pundonorosos ciudadanos, ¡nunca!

TODOS. Su postrer voluntad. El testamento.

CIUD. 2.º Villanos fueron; fueron asesinos.
A ver el testamento. El testamento.

ANTONIO. ¿A leéroslo, pues, queréis forzarme?
Pues el cadáver circundad de César,
Y mirad al autor del testamento.
¿Descenderé? ¿Me concedéis permiso?

VARIOS CIUDADANOS. Baja.

CIUD. 2.º Desciende, pues.

CIUD. 3.º Permiso tienes.
(Desciende del Rostro Antonio.)

CIUD. 4.º Un círculo formad en torno suyo.

CIUD. 1.º No os acerquéis al féretro, al cadáver.

CIUD. 2.º A Antonio, plaza dad. ¡Íncrito Antonio!

ANTONIO. No os agolpéis; quedaos á distancia.

VARIOS CIUDADANOS. Atrás y plaza haced; atrás echaos.

ANTONIO. Si acaso tenéis lágrimas, ahora
Preparados estad para verterlas.
Todos recordaréis el manto este,
Yo cuando César lo estrenó recuerdo:
En una tarde de verano era,
Y en su tienda se hallaba. En ese día
Fué de los Nervios vencedor: miradlo.
Aquí el puñal de Casio deslizóse;
La brecha ved del envidioso Casca,
Aquí la herida de su amado Bruto;
Y al retirar el hierro maldecido,
Ved cuál de César se agolpó la sangre,
Cual si fuera de casa le siguiese
A averiguar resuelta si era Bruto
Quien de manera tan cruel llamaba.
De César, cual sabéis, Bruto fué el numen.
Juzgad, ¡oh Dioses! si le amaba César.
Fué el golpe más cruento de entre todos.
El gran César, al ver su acometida,
La ingratitud, venciéndolo, lo postra
Mas fuerte que puñales de traidores,

Y estalla al fin su corazón potente;
Y su faz encubriendo con el manto,
A los pies de la estatua de Pompeyo,
Que su sangre tiñó, cayó el gran César!
¡Cuánto con él cayó, compatriotas!
Yo entonces, y vosotros, todos juntos
Caímos también; y la traición sangrienta
En tanto floreció sobre nosotros.
Ahora lloráis. Os punza, ya lo veo,
La compasión. ¡Oh lágrimas benditas!
¡Almas nobles! ¡Lloráis al ver tan sólo
De nuestro César las heridas vestes?
Mirad, aquí. ¡Mirad aquí su cuerpo;
Ahí lo véis por traidores lacerado!

CIUD. 1.º

¡Oh lamentable escena!

CIUD. 2.º

¡Noble César!

CIUD. 3.º

¡Día de horror!

CIUD. 3.º

¡Oh infames! ¡Oh traidores!

CIUD. 1.º

¡Oh sangriento espectáculo!

CIUD. 2.º

¡A vengarnos!

TODOS.

¡Venganza! ¡Presto! ¡Búsquense! ¡Incendemos!

¡Fuego! ¡A matar! ¡A degollar! ¡Que muera

Todo traidor!

ANTONIO.

Compatriotas, calma.

CIUD. 1.º

¡Callad, Callad! Oid al noble Antonio.

2.º CIUD.

Lo oiremos y sus huellas seguiremos Hasta morir.

ANTONIO.

Amigos excelentes,

Caros amigos míos, no os conmueva

Mi voz á rebelión tan repentina:

Pundonorosos son los que esto hicieron.

Por desgracia, quizás, privada queja,

Ignorada de mí, movió sus brazos.

Discretos son y son pundonorosos;

Y razones darán que os satisfagan.

No vengo á concitar vuestras pasiones,

Amigos. Orador no soy, cual Bruto,

Sino, cual todos me conocen, franco,

Hombre sencillo que á su amigo amaba,

Y esto lo saben bien los que me dieron

Para hablar de él aquí pública venia.

Ni inteligencia tengo, ni palabra,

Ni mérito, ni estilo, ni ademanes,

Ni el don de la oratoria que enardece

La sangre de los hombres,—hablo al caso;

Y os digo lo que todos ya conocen,

Del noble César muerto las heridas—

¡Ay pobres mudas bocas!—y les pido

Que ellas hablen por mí. Si fuera Bruto,

Y Bruto fuera Antonio, hubiera Antonio

Que exasperara vuestras almas; lengua

Cada herida de César mostraría
Que las piedras de Roma conmoviendo
En rebelión á alzarse las forzara.
TODOS. ¡A rebelarnos!
CIUD. 1.º ¡A incendiar de Bruto
La mansión!
CIUD. 3.º Vamos, pues, y buscaremos
A los conspiradores.
ANTONIO. Escuchadme,
Compatriotas, permitid que siga.
TODOS. Silencio, oid á Antonio. Al noble Antonio.
ANTONIO. Ni aun sabéis á qué vais, amigos míos.
¿Merece César el cariño vuestro?
No lo sabéis; pues bien, debo aclararlo.
El testamento de que hablé olvidasteis
TODOS. Verdad. El testamento. ¡Que lo oigamos!
ANTONIO. ¡Aquí lo veis! De César con el sello.
¡De Roma á cada ciudadano deja—
A cada cual—setenta y cinco dracmas!
CIUD. 2.º ¡Noble César! ¡Su muerte vengaremos!
CIUD. 3.º ¡Oh, regio César!
ANTONIO. Con paciencia oidme.
TODOS. Silencio.
ANTONIO. Y, además, os ha legado
Todas las quintas suyas, sus verjeles
Particulares, sus modernos huertos
A este lado del Tíber. Os los deja
A vosotros, y á vuestros sucesores,
Por siempre, como público recreo,
Para allí pasear y divertirlos,
¡Este era un César! ¿Cuándo tendréis otro?
CIUD. 1.º ¡Jamás! ¡jamás! Marchemos de aquí. ¡Vamos!
Quememos en sagrado su cadáver,
Y con las teas á incendiar las casas
De los traidores.—Recoged el cuerpo.
CIUD. 4.º Que traigan fuego.
CIUD. 3.º Destrozad los bancos.
CIUD. 4.º Asientos ó ventanas. Cualquiera cosa.
(Vanse llevando el cadáver de César.)
ANTONIO. ¡Que cunda, pues! Malignidad humana,
En pie ya estás. Camina á tu capricho.

Entra un SIERVO.

¿Qué ocurre, dí?
SIERVO. Llegó ya Octavio á Roma.
ANTONIO. ¿En dónde está?
SIERVO. Con Lépido se halla
En la casa de César.
ANTONIO. Corro á verle.

Ha venido á medida del deseo.
De buen humor se encuentra la Fortuna,
Y todo darnos puede en ese estado.
SIEVIEN. Dicen que Bruto y Casio, cual dementes,
De Roma por las puertas han huido.
ANTONIO. Puede ser que supieran de qué modo
Al pueblo conmoví. Llévame á Octavio. (Vanse)

ESCENA III.

Roma.—Una calle.

Entra CINA el poeta.

CINA. Soñé esta noche que cené con César,
Y siniestras imágenes me acosan.
Afán no tengo de salir de casa,
Pero secreta sensación me impulsa.

Entran CIUDADANOS.

CIUD. 1.º —¿Tu nombre?
CIUD. 2.º —¿A dónde vas?
CIUD. 3.º —¿Dónde vives?
CIUD. 4.º —¿Eres casado ó soltero?
CIUD. 2.º —Contesta á todo inmediatamente.
CIUD. 1.º —Y brevemente.
CIUD. 4.º —Y con discreción.
CIUD. 3.º —Y con veracidad. Te trae cuenta.
CINA. —Cómo me llamo. A dónde voy. Dónde vivo. Si soy casado ó soltero. Y luego, que responda inmediatamente, y brevemente, y con veracidad, y con discreción. Digo, con discreción, que soy soltero.
CIUD. 2.º —Vale tanto como decir que necios son los que se casan. Me temo que me debes, una bofetada por eso. Sigue, inmediatamente.
CINA. —Inmediatamente voy á los funerales de César
CIUD. 1.º —¿Como amigo ó como enemigo?
CINA. —Como amigo.
CIUD. 2.º —Inmediatamente contestaste á ese punto.
CIUD. 4.º —Ahora sepamos dónde vives, brevemente.
CINA. —Brevemente. Vivo cerca del Capitolio.
CIUD. 3.º —Tu nombre, la verdad.
CINA. —La verdad, me llamo Cina.
CIUD. 1.º —Hacedlo pedazos. Es un conspirador.
CINA. —Soy Cina el poeta. Soy Cina el poeta.
CIUD. 4.º —Hacedlo pedazos por autor de malos versos. Hacedlo pedazos por autor de malos versos.
CINA. —No soy Cina el Conspirador.

CIUD. 4.º —No importa. Se llama Cina. Sólo le arrancaremos el nombre del corazón, y le dejaremos ir.

CIUD. 3.º —Hacedlo pedazos. Hacedlo. pedazos. Vamos; teas, fuego á la casa de Bruto. A la de Casio. Incendiamos todo. Algunos á la casa de Decio. Otros á la de Casca. Otros á la de Ligurio. Vamos. Vamos, (vanse.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Habitación en la casa de Antonio.

ANTONIO, OCTAVIO y LÉPIDO sentados alrededor de una mesa.

- ANTONIO. Éstos, pues, deben de morir. Sus nombres
Anotados están.
- OCTAVIO. También tu hermano,
Lépido; ¿te conformas?
- LÉPIDO. Me conformo.
- OCTAVIO. Pues anótalo, Antonio.
- LÉPIDO. Pero Publio,
Que es, Marco Antonio, el hijo de tu hermana,
Tampoco vivirá.
- ANTONIO. Que muera.—Mira:
Queda con esta marca condenado.
Mas de César ve, Lépido, a la casa.
Su testamento nos traerás. Veremos
Cuáles legados reducir se pueden.
- LÉPIDO. ¿Vuelvo después?
- OCTAVIO. Aquí ó al Capitolio.
(Vase Lépido.)
- ANTONIO. Este es un hombre miserable y nulo;
Para mensajes útil. Si partimos
El mundo en tres porciones, ¿debe, acaso,
Ser uno de los tres que lo disfruten?
- OCTAVIO. Tú lo pensaste así, pues que su voto
Aceptas para ver quiénes se anotan
En nuestra negra lista de proscriptos.
- ANTONIO. Octavio, más que tú pasar ví días.
Si le cargamos con honores tales
Para aliviarnos de ominoso peso,
Llevarlos debe, cual el asno el oro.
Sudando y jadeando con la carga
Guiado por nosotros ó arreado.
Después que ese tesoro nos conduzca,
Se le quita la carga; y, despedido,
En pelo que sacuda sus orejas,
Y al ejido á pacer luego se vaya.
- OCTAVIO. Hazlo, mas es leal cual es valiente.
- ANTONIO. Mi caballo lo es; por eso mismo
Exuberante pienso le señalo,
Le enseñó á guerrear, á encabritarse,
A pararse, á correr en línea recta,

Gobernando mi espíritu su cuerpo.
 Pues hagamos con Lépido lo mismo.
 Se doma, se le enseña y se le manda.
 Espíritu infeliz que se alimenta
 De imitaciones y de inmundos restos,
 Pues lo usado por otros y añejado
 Cual nuevo luce. Hablemos de él tan solo
 Cual de una propiedad. Mas basta. Escucha,
 Octavio, lo importante. Bruto y Casio
 Fuerzas reúnen. Para hacerles frente,
 Debemos reforzar nuestra alianza,
 Mover á los amigos más leales,
 Asegurar nuestros recursos todos;
 Y, en consejo reunidos, sin demora
 Tratar de descubrir planes ocultos,
 O de afrontar peligros transparentes.

OCTAVIO. Sí tal; que al potro estamos hoy sujetos.
 Numerosos contrarios nos acosan,
 Y algunos que sonríen me parece
 Que males mil presagian. (Vanse.)

ESCENA II.

Ante la tienda de Bruto en el campamento cerca de Sardis.

Tambores.—Entran BRUTO, LUCILO, TITINO y soldados.
 PÍNDARO les sale al encuentro. LUCIO á cierta distancia.

BRUTO. ¡Alto!
 LUCILO. La seña y alto.
 BRUTO. Y bien, Lucilo,
 ¿Dónde está Casio?
 LUCILO. Cerca está. Te quiere
 Píndaro ver de parte de su amo.
 (Píndaro entrega una carta á Bruto.)
 BRUTO. Es amistosa.—Píndaro, ya sea
 Por propia inspiración ó mal consejo,
 Tu amo me dió motivos suficientes
 Para ansiar que lo hecho se anulara.
 Mas quiero, si está cerca, cerciorarme.
 PÍNDARO. No dudo que hallarás que tan discreto
 Es mi noble señor, como es honrado.
 BRUTO. Nadie lo duda.—Díme tú, Lucilo.
 ¿Cómo te recibió?—Que yo lo sepa.
 LUCILO. Con asaz gentileza y cortesía.
 Mas no con ese familiar agracio,
 Ni con el modo franco y amistoso
 Que usaba en otros tiempos.
 BRUTO. Has descrito

Al ardoroso amigo que se entibia.
Cuando el cariño á marchitarse empieza.
Cuando enferma, Lucilo, ya lo sabes,
Siempre forzadas ceremonias usa.
La pura fe no gusta de artificios;
Mas los que tienen corazones huecos,
Corceles son que, ardientes al principio,
Pregonan su valor y su pujanza.
Mas si sangre les saca el acicate,
El cuello doblan, y, rocines falsos,
La prueba no resisten.—¿Aproxima
Sus fuerzas?

LUCILO. Deben pernoctar en Sardis.
Los caballos y el grueso de sus tropas
Con Casio vienen. (Marcha dentro.)

BRUTO. ¡Calle! ya se acercan.
Lentamente marchad á recibirlos.

Entran CASIO y SOLDADOS.

CASIO. ¡Firmes!

BRUTO. ¡Firmes!—La seña.

DENTRO. ¡Firmes!

DENTRO. ¡Firmes!

CASIO. Ofendido me tienes, noble hermano.

BRUTO. Juzgadme, ¡oh Dioses!—¿A enemigos míos
Ofendo yo?—Pues á mi hermano, ¿cómo?

CASIO. Bajo esas formas tan templadas, Bruto,
La ofensa ocultas, y al hacerla...

BRUTO. Casio,
Ten calma. Te conozco. Dí tus quejas
En baja voz. Delante de las tropas,
Que deben ver nuestra amistad tan solo,
No disputemos. Díles que se alejen,
Y aquí en mi tienda glosarás tus quejas.

CASIO. Dí, Píndaro, á los jefes que retiren
De este sitio á las tropas.

BRUTO. Haz, Lucilo, lo propio, y que ninguno
Entre mientras hablemos en mi tienda.
Lucio y Titino guardarán la entrada. (Vanse.)

ESCENA III.

Interior de la tienda de Bruto.

Entran BRUTO y CASIO.

CASIO. Que me ofendiste se demuestra en esto.

Condenaste, infamaste á Lucio Pela
 Porque fué por los Sardos sobornado,
 Y mi carta, pidiendo por un hombre
 Que me era conocido, desdeñaste.

BRUTO. Con esa petición tú te ofendiste.

CASIO. En estas circunstancias no conviene
 Tan nimio ser en castigar ofensas.

BRUTO. Pues permíteme, Casio, que te diga
 Que aun á tí vituperan porque sabes
 Abrir tu mano y vendes y subastas
 Los cargos por el oro á gente inepta.

CASIO. ¿Que sé yo abrir mi mano? Bruto, sabes
 Que Bruto y nadie más eso me dice.
 Si otro lo hiciera, por los Dioses juro
 Que estas fueran sus últimas palabras.

BRUTO. Tal corrupción de Casio el nombre encubre,
 Y por eso su faz vela el castigo.

CASIO. ¡El castigo!

BRUTO. ¡Acuérdate de marzo! ¡De los idus
 Acuérdate de marzo! ¿Derramada
 En aras, dí, no fué de la justicia
 De Julio el potentísimo la sangre?
 ¿Quién, infame, lo hirió que no lo hiriera
 De la justicia en nombre? ¿Por ventura,
 Los que al hombre más ínclito mataron
 Porque encubrió ladrones, hoy pretenden
 Manchar sus manos con el vil soborno,
 El vasto campo del honor vendiendo
 Por la miseria que en el puño cabe?
 Antes que tal Romano, can sería
 Y ladrara á la luna.

CASIO. No tolero.
 Bruto, que á mí me ladres.—Te equivocas
 Si quieres reprenderme. Soy soldado
 Más antiguo que tú; mas competente
 Para asuntos que tú.

BRUTO. Casio, no.—Calla.

CASIO. Sí tal.

BRUTO. Digo que no.

CASIO. No me provoques,
 O de mí no respondo. Ten en cuenta
 Que te puede pesar. No me exasperes.

BRUTO. Indigno, aparta.

CASIO. Mas ¿será posible?

BRUTO. Escucha. Quiero hablar. ¿Será preciso
 Ante tu ciega cólera inclinarme?
 ¿Temblar ante el asombro de un demente?

CASIO. ¡Dioses! ¡Oh Dioses! ¿Soportar es fuerza
 Todo esto!

BRUTO. Si, todo.—Más acaso.

Enfurécete, pues, hasta que estalle
 Tu altivo corazón. Vé. Patentiza
 Cuán colérico eres á tus siervos.
 Témate tus esclavos.—¿Apartarme,
 Observarte, ponerme de rodillas
 Debo yo si la cólera te asalta?
 ¡Juro á los Dioses todos!—De tu bilis
 Vas el veneno á digerir tú mismo,
 Aunque te haga estallar; pues desde ahora
 De tí me burlaré, pienso reirme
 Cuando iracundo estés,

CASIO. ¿Y el fin es este?

BRUTO. ¿No dices que eres tú mejor soldado?
 Pues pruébalo.—Confirma tu jactancia.
 Yo lo celebraré; pues, por mi parte,
 De hombre más hábil aprender deseo.

CASIO. Me ofendes más y más y en todo,
 Bruto. Mejor no dije; dije más antiguo.—
 ¿Dije mejor?

BRUTO. Si acaso, no me importa.

CASIO. César tratarme así no osara nunca.

BRUTO. ¡Bah! Nunca así desesperale osaras.

CASIO. ¿No osara?

BRUTO. No.

CASIO. ¿No osara provocarle?

BRUTO. ¡No osaras, por tu vida!

CASIO. Demasiado

Con mi amistad no cuentes, que pudiera
 Hacer lo que por siempre lamentara.

BRUTO. Lo que debieras lamentar has hecho.
 Casio, tus amenazas no me aterrorizan.
 De mi honradez tan fuerte es la armadura,
 Que, cual el viento que desprecia, pasan.
 Cierta suma de oro me negaste
 Que te mandé pedir, pues no me es dado
 Por torpes medios levantar dinero.
 Te juro que mejor acuñaría
 Mi corazón y convirtiera en dracmas
 Mi sangre gota á gota, que vilmente
 Arrebatara pitanza miserable
 De las manos callosas de un labriego.
 Oro yo te pedí para mis tropas:
 Rehusaste. ¿Díme cómo Casio obraste?
 Yo á Cayo Casio nunca así tratara.

CASIO. Jamás te lo negué.

BRUTO. Sí tal.

CASIO. No es cierto.

Un imbécil te trajo mi respuesta.
 Mi corazón has taladrado, Bruto.
 Conllevar los defectos del amigo

Al amigo le toca; pero agrandas,
Bruto, los míos.

BRUTO. Sólo cuando quieres
Que yo por ellos sufra.

CASIO. No me aprecias.

BRUTO. No celebro tus faltas.

CASIO. Esas faltas
Jamás vieran los ojos del amigo.

BRUTO. Los del adulador, por más que lucen
Cual el Olimpo grandes.

CASIO. Antonio, ven, y ven, joven Octavio;
Saciad vuestra venganza en Casio solo,
Que harto del mundo ya Casio se halla.
Lo detesta su amigo, lo escarnece
Su hermano, lo castigan como á siervo;
Escudriñan sus faltas, que se apuntan,
Que se estudian y aprenden de memoria
Para luego arrojárselas en rostro.
¡Oh, mi espíritu en lágrimas vertiera!
Ten mi puñal. Desnudo está mi pecho.
Hay dentro un corazón, al que no igualan
Las minas de Plutón, oro ninguno.
Arráncamelo, pues, si eres Romano.
Mi corazón, si oro negué, te entrego.
Hiéreme cual á César; que me consta
Que cuando más lo odiaste, lo quisiste
Más que en tu vida tú quisiste á Casio.

BRUTO. Envaina tu puñal, y desahoga
Tu mal humor. Harás lo que quisieres
Aun la deshonor juzgaré que es chanza.
Con un cordero estás uncido, oh Casio.
En él la ira existe, cual existe
Fuego en el pedernal; al golpearle
La chispa da, mas rápido se enfría.

CASIO. ¿Y Casio vive para ser ludibrio,
Causar la risa de su amado Bruto
Cuando el enojo y el dolor lo agobian?

BRUTO. Enojado también aquello dije.

CASIO. ¡Y lo confiesas tú? Dáme tu mano.

BRUTO. Toma también mi corazón.

CASIO. Oh Bruto...

BRUTO. ¿Qué?

CASIO. ¿No me tienes amistad bastante
Para sobrellevar el genio pronto
Que mi madre me ha dado y que me ciega?

BRUTO. Sí, Casio, y desde ahora, si te enojas
En exceso con Bruto, que regaña
Tu madre pensaré sin ofenderme.

POETA. (Dentro.) Ver á los generales permitidme.
Están enemistados, y no es justo

Dejarlos solos.
LUCIO. (Dentro.) No entraréis.
POETA. (Dentro.) La muerte
Sólo me detendrá.

Entra el POETA seguido de LUCIO y TITINO.

CASIO. ¡Decid! ¿qué pasa?
POETA. ¡Qué oprobio, generales! ¿Cómo es esto?
Haya paz. Sed amigos, como deben
Ser dos personas de tan gran valía.
A un viejo caso haced, por vida mía.
CASIO. ¡Y qué mal rima el cínico insolente!
BRUTO. ¡Fuera de aquí, desvergozado, fuera!
CASIO. No le hagas caso, Bruto, que es su estilo.
BRUTO. Sabré cuál es su estilo, cuando sepa
Él oportuno ser. ¿Para qué acuden
A las guerras tan necios cantadores?
Vámonos, compañero.
CASIO. Fuera. Fuera.
(Vase el Poeta.)
BRUTO. Id, Lucilo y Titino, que acuartelen
Esta noche los jefes sus legiones.
CASIO. Volveréis, y Mesala con vosotros
Que al punto venga.
(Vanse Lucilo y Titino.)
BRUTO. Lucio, danos vino.
CASIO. Nunca pensé que así te enojarías.
BRUTO. Grandes penas, oh Casio, me atormentan.
CASIO. Filósofo no eres, si te agobian
Pasajeras desdichas.
BRUTO. Nadie sufre
Como yo su desgracia.—Porcia ha muerto.
CASIO. ¿Qué dices? Porcia...
BRUTO. Muerta.
CASIO. ¿Cómo pude eludir que me mataras
Al disputar contigo de esa suerte?
¡Oh pérdida terrible y dolorosa! ¿De qué murió?
BRUTO. De angustia por mi ausencia,
Y pena al ver que Octavio y Marco Antonio
Terreno iban ganando. Tal noticia
Llegó con la noticia de su muerte.
Y ascuas tragó desesperada entonces,
Cuando sola quedó.
CASIO. ¿Murió por eso?
BRUTO. Verdad cruel.
CASIO. ¡Oh Dioses inmortales!
Entra LUCIO con vino y un cirio.
BRUTO. No la nombremos más. Venga la copa.
Aquí sepultaré, Casio, mi enojo. (Bebe.)

CASIO. Tiene mi pecho sed del brindis ése.
Llena, Lucio, la copa y que rebose.
No me hartaré de la amistad de Bruto (Bebe.)

BRUTO. Entra, Titino. (Vase Lucio.)
Vuelven á entrar TITINO con MESALA.
Bien venido seas,
Buen Mesala. Sentémonos ahora
En torno de esta luz; y los asuntos
Discutiremos.

CASIO. ¡Porcia ya no existe!

BRUTO. ¡No más! ¡No más!—He recibido cartas,
Mesala, en que me dicen que á Filipos
Grandes fuerzas Octavio y Marco Antonio
Contra nosotros encaminan.

MESALA. Tengo
Idénticas noticias.

BRUTO. ¿Nada añaden?

MESALA. Que Octavio, Antonio y Lépido, por auto
De proscripción, á muerte han condenado
A unos cien Senadores.

BRUTO. Nuestras cartas
No concuerdan. Setenta Senadores
Han perecido ya, dicen los míos.
Cicerón uno.

CASIO. ¡Cicerón!

MESALA. Ha muerto
Por esa ley de proscripción. ¡Tuviste
Escrito de tu esposa?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. ¿Ni de ella te dan nuevas?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. Pues lo extraño.

BRUTO. ¿Por qué me lo preguntas?
¿Qué sabes?

MESALA. Nada sé.

BRUTO. Como Romano
Que eres tú, dime la verdad.

MESALA. Soporta
Como Romano la verdad, entonces.
Sabe que ha muerto y de manera extraña.

BRUTO. ¡Adiós, Porcia! Morir es necesario,
Mesala; y, meditando en lo forzosa
Que era su muerte un día, con paciencia
Ahora su muerte soportar consigo.

MESALA. Así los grandes hombres, penas grandes
Deben sobrellevar.

CASIO. Es mi doctrina
La tuya, pero así sobrellevarlas
No pudiera jamás.

BRUTO. A nuestra obra.

¿Marchar no se debiera de seguida
A Filipos?

CASIO. No juzgo que convenga.

BRUTO. La razón.

CASIO. Allá va. Más nos conviene
Que nos venga á buscar el enemigo;
Pues de ese modo apura sus recursos.
Fatiga á sus soldados y se daña,
Mientras que aquí nosotros le esperamos
Descansados, dispuestos y en acecho.

BRUTO. Los buenos argumentos á mejores
Deben siempre ceder. De aquí á Filipos
Poco afectos nos son los naturales,
Que aun dar contribuciones eludieron,
El enemigo, entre ellos caminando,
Aumentará su número, y más fuerte
Llegará de ese modo y con más brío.
Mas no podrán gozar de esas ventajas
Si á su encuentro marchamos á Filipos,
Dejando á las espaldas á esa gente.

CASIO. Querido hermano, escúchame.

BRUTO. Perdona.

Ten presente también que ya nos dieron
Todo nuestros amigos. Que repletas
Están nuestras legiones, y madura
La causa nuestra está; que el enemigo
Aumenta sin cesar, mientras nosotros,
Ahora en la cumbre, declinar podemos.
En humanos asuntos hay mareas
Que en creciente tomadas, nos conducen
A la prosperidad: si no circundan
Escollos el viaje de la vida.
En semejante mar hoy navegamos
Y la corriente aprovechar debemos
O sucumbir.

CASIO. Marchemos, pues, si quieres.

A buscarlos iremos á Filipos.

BRUTO. Hablando nos llegó la media noche

Y debe obedecer naturaleza

A la necesidad. Breve reposo

Racionémosle, pues. ¿Qué más te ocurre?

CASIO. Nada más; buenas noches. Con el alba

Partiremos de aquí.

BRUTO. Mi manto, Lucio.

Mesala, adiós. Titino, buenas noches,

Y buenas noches, noble, noble Casio.

A descansar.

CASIO. ¡Querido hermano mío!

Tuvo esta noche pésimo comienzo.

Nunca jamás discordias semejantes

Separren nuestras almas: nunca, Bruto.
 BRUTO. Todo ha pasado ya.
 CASIO. Felices noches.
 BRUTO. Felices noches tú, querido hermano.
 TITINO y MESALA. Buenas noches, señor.
 BRUTO. Salud á todos.
 (Vanse Casio, Titino y Mesala.)
 Vuelve á entrar LUCIO con el manto.
 Mi manto dame.—¿Dónde está tu lira?
 LUCIO. Aquí en la tienda.
 BRUTO. ¡Estás medio dormido!
 ¡Infeliz! no te culpo, que te tienen
 En vela por demás. A Claudio llama,
 Y á otro siervo también; quiero que duerman
 Aquí sobre cojines en mi tienda.
 LUCIO. ¡Varro! ¡Claudio!
 Entran VARRO y CLAUDIO.
 VARRO y CLAUDIO. ¿Llamaba el amo nuestro?
 BRUTO. Amigos, acostáos os suplico,
 Y dormid en mi tienda, que más tarde
 Puede ser que os despierte y os confíe
 Una misión para mi hermano Casio.
 VARRO. Señor, si te parece, en pie podemos
 Órdenes esperar.
 BRUTO. No lo permito.
 Acostáos, amigos. Por ventura
 Puedo mudar de parecer. ¡Eh, Lucio!
 Aquí está el libro que buscaba tanto:
 Lo puse de mi veste en el bolsillo.
 LUCIO. Cierro estaba que á mí no me lo diste
 Para guardar, señor.
 BRUTO. ¡Pobre muchacho!
 ¡Perdóname si soy olvidadizo!
 ¿Tus párpados pesados, díme, puedes
 Levantar, y cantarme un par de estrofas?
 LUCIO. Sí, señor, si te agrada.
 BRUTO. Sí, muchacho.
 Por demás te molesto, mas conozco
 Tu buena voluntad.
 LUCIO. Deber es mío.
 BRUTO. Tu deber reclamar no deseara
 Más allá de tus fuerzas; y descanso
 Necesita, lo sé, la sangre joven.
 LUCIO. Ya he dormido, señor.
 BRUTO. Perfectamente.
 Y á dormir volverás. Por poco tiempo
 Te detendré. Contigo bondadoso
 Seré mientras viviere.
 (Música. Una canción: al final Lucio se duerme.)
 ¡Somnolienta canción! —Sueño asesino,

¿Dejas caer tu poderosa maza
Sobre el joven que música te ofrece?
¡Joven gentil, descansa! No deseo
Tu sueño interrumpir, pero la lira
Vas á romper si inclinas la cabeza.—
Yo te la quitaré.—Joven, descansa
Vamos á ver; vamos á ver. ¿Del libro
No doblé yo la hoja? Quizá es ésta.

Entra la SOMBRA de CÉSAR.

Qué mal arde esta luz.—Oh ¿quién es ése?—
¿Son mis débiles ojos quienes forjan
La monstrüosa aparición que avanza?
¿Eres algo, eres Dios, numen ó genio,
Que me hiela la sangre y me espeluzna?
Contéstame. ¿Quién eres?

SOMBRA. Bruto, tu mal espíritu.
BRUTO. ¿Qué traes?
SOMBRA. Decirte que en Filipos nos veremos.
BRUTO. ¿Otra vez nos veremos?
SOMBRA. En Filipos.
BRUTO. Está bien. Nos veremos en Filipos.

(Vase la sombra).

¿Cuando mi brío recobré te ahuyentas?
Espíritu, quisiera más decirte.—
¡Muchacho! ¡Lucio! ¡Varro! ¡Claudio! ¡Presto!
¡Despertad!—¡Claudio!

LUCIO. Están, señor, las cuerdas destempladas.
BRUTO. Piensa tañer aún.—Lucio, despierta.
Soñabas, Lucio, cuando así gritaste.
LUCIO. No recuerdo, señor, haber gritado.
BRUTO. Pues tú gritaste. Díme lo que viste.
LUCIO. Nada, señor.
BRUTO. Sigue durmiendo, Lucio.

Hola, tú, Claudio. Escucha, tú, despierta.

(A Varro.)

VARRO. Señor.
CLAUDIO. Señor.
BRUTO. ¿Por qué al soñar gritasteis?
VARRO y CLAUDIO. Señor, ¿hemos gritado?
BRUTO. ¿Qué habéis visto?
VARRO. Nada he visto, señor.
CLAUDIO. Ni yo tampoco.
BRUTO. Id á mi hermano Casio, y que sus tropas
Ponga temprano en marcha, que más tarde
Las mías seguirán.

VARRO y CLAUDIO. Serás servido. (Vanse.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Las llanuras de Filipos.

Entran OCTAVIO, ANTONIO y su ejército.

OCTAVIO. No se confirma tu opinión, Antonio.
Que no osara bajar el enemigo.
Dijiste tú; que fuerte en la montaña
Y en las altas mesetas quedaría:
No es así; se disponen á la lucha.
Aquí, en Filipos, afrontarnos quieren,
Y antes que demandemos nos responden.

ANTONIO. ¡Bah! Los comprendo. Sé por qué tal hacen
A otro sitio se fueran; mas avanzan
Con el valor del miedo, imaginando
Que con esa ficción han de inducirnos
A creer en el brío que no tienen.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. ¡Alerta, generales! En batalla
Avanza el enemigo, enarbolando
El emblema sangriento del combate,
Y de seguida prepararse es fuerza.

ANTONIO. Octavio, con tus tropas lentamente
Del campamento por la izquierda avanza.

OCTAVIO. Por la derecha yo; tú por la izquierda.

ANTONIO. ¿Por qué en apuro tal me contradices?

OCTAVIO. Lo que te digo haré; no contradigo. (Marcha.)

Tambores. Entran BRUTO, CASIO y su ejército, LUCINO,
TITINO, MESALA y otros.

BRUTO. Se paran. Quieren parlamento.

CASIO. ¡Firmes!
Titino, es fuerza discutir con ellos.

OCTAVIO. ¿Sonamos el ataque, Marco Antonio?

ANTONIO. No: respondamos, César, a su ataque.
¡Marchen!—Hablar los generales quieren.

OCTAVIO. Hasta dar la señal nadie se mueva.

BRUTO. Antes hablar que herir.—Compatriotas,
¿No es así?

OCTAVIO. No por eso preferimos
El hablar como tú.

BRUTO. Buenas palabras
Valen, Octavio, más que malos golpes.

ANTONIO. Con malos golpes das palabras buenas.

Sí; taladraste el corazón de César,
Y «viva César» exclamaste.

BRUTO. Antonio.
La fuerza de tus golpes ignoramos;
Mas tu palabra de la abeja hiblea
Robó la miel.

ANTONIO. El agujón dejéle.

BRUTO. Ni voz siquiera. Su zumbido mismo
Le arrebataste, Antonio, y con cordura
Nos amenazas sin herir.

ANTONIO. ¡Infames!
¡Eso no hicisteis cuando, hiriendo á César,
Se atrepellaron vuestras viles dagas!
Sonreisteis cual jimios, cual lebreles
Lo halagasteis. Besasteis de rodillas,
Como esclavos, sus pies; y, mientras tanto,
Casca el maldito, por detrás, vil perro,
A César pudo herir.—¡Aduladores!

CASIO. ¡Aduladores...! Date gracias, Bruto.
No insultara esa lengua de ese modo
A haberse oído la opinión de Casio.

OCTAVIO. Vamos, pues, al asunto. Si argumentos
Sudor nos hace derramar, las pruebas
A estas gotas darán color más rojo.
¡Contemplad!
Mi espada enhiesta ved contra traidores.
¿Cuándo esta espada volverá a su vaina?
O vengará las treinta y tres heridas
De César, ó agregado irá otro César
A los despojos de traidores hierros.

BRUTO. No morirás á manos de traidores,
A no ser, César, que contigo vengan.

OCTAVIO. Así lo espero. Porque no he nacido
Para morir por el puñal de Bruto.

BRUTO. ¡Oh joven! Ni al más digno de tu raza
Hallar le es dado más honrosa muerte.

CASIO. ¡Necio escolar! Indigno de tal honra,
A un farsante ligado, á un libertino.

ANTONIO. ¡Casio el viejo de siempre!

OCTAVIO. Ven, Antonio.
A la cerviz os lanzaré mi reto.
Salid, traidores, á luchar al campo,
Hoy mismo, ó cuando el ánimo os impulsa.
(Vanse Octavio, Antonio y su ejército.)

CASIO. Ahora, vientos, rugid; hinchaos, olas:
Nave, á flotar, que la borrasca llega,
Y ya la suerte es árbitra de todo.

BRUTO. ¡Eh, tú, Lucilo! Oye una palabra.

LUCILO. Señor. (Bruto y Lucilo hablan aparte.)

CASIO. Mesala.

MESALA. General, ¿qué es ello?
CASIO. Años cumplo, Mesala, en este día.
Sí, tal día cual hoy la luz vió Casio.
Tu mano, pues, Mesala. Sé testigo
De que así cual forzaron á Pompeyo
Contra su voluntad, á mí me fuerzan
A aventurar en un encuentro solo
Las libertades nuestras. De Epicuro
Mantuve siempre la opinión: te consta.
Pues ya mudé de parecer; y creo
Que, á veces, los sucesos se presagian.
Sobre la enseña nuestra se posaron
Dos águilas magníficas, viniendo
De Sardis, y cuidadas y cebadas
A mano fueron por las tropas nuestras,
Sirviéndonos de escolta hasta Filipos.
Hoy volaron, huyeron; y ahora, grajos,
Cuervos y buitres, á su vez, se ciernen
Sobre nuestras cabezas, y nos miran
Juzgándonos botín agonizante.
Dose fatal sus sombras asemejan,
Y á su influjo, las tropas desfallecen.

MESALA. No lo creas,
CASIO. Lo creo sólo en parte;
Que á afrontar los peligros me preparo
Con decisión y espíritu sereno.

BRUTO. Así, Lucilo.
CASIO. Noble Bruto, escucha.
Hagan los Dioses hoy que en paz y amigos
A la vejez avancen nuestros días;
Mas, siendo incierta del mortal la suerte,
Qué hacer, si ocurre lo peor, pensemos.
Si se perdiere la batalla, es esta
La última vez que juntos conversamos.
¿Qué hacer en ese caso te propones?

BRUTO. Conforme con preceptos que me hicieron
A Catón inculpar porque la muerte
A. sí propio se dió (por qué, lo ignoro,
Pero vil y cobarde considero
Apresurar el curso de la vida
Por el temor de lo que ocurra) armarme
De paciencia, esperando los mandatos
Del excelso poder que aquí nos rige.

CASIO. Entonces, si perdemos la batalla,
¿Te agrada que en su triunfo te conduzcan
De Roma por las calles?

BRUTO. No, Casio, no.—Jamás, noble Romano
A Roma llevarán cautivo á Bruto.
Su gran alma lo veda. Mas precisa
Llegar al fin hoy mismo de la obra

Que los idus de marzo comenzaron;
 E ignoro yo si á vernos volveremos.
 Nuestro eternal adiós éste, pues, sea.
 Por siempre adiós; adiós por siempre, Casio.
 Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;
 Y si no, bien estuvo el despedirnos.

CASIO. Por siempre adiós; adiós por siempre, Bruto.
 Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;
 Si no... sí... bien estuvo el despedirnos.

BRUTO. Pues bien. Avanza. ¡Quién saber pudiera
 El fin de los sucesos de este día!
 Mas pues que fin tendrán, que eso nos baste.
 Que el fin así sabremos. ¡Vamos! ¡Vamos! (vanse.)

ESCENA II.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campamento.
 Clarines.—Entran BRUTO y MESALA.

BRUTO. Vé, galopa, Mesala, y esta orden
 Del otro flanco á las legiones lleva.
 Que al punto ataquen, pues tibieza observo
 En el ala de Octavio. Repentino
 Ataque, de seguro los arrolla.
 A galope, Mesala. Dí que avancen. (vanse.)

ESCENA III.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.
 Clarines.—Entran CASIO y TITINO.

CASIO. Titino, observa. Los villanos huyen.
 Yo me he vuelto enemigo de los míos
 Esta mi enseña, que aquí ves, huía,
 Pero, maté, se la quité al cobarde.

TITINO. Casio, Bruto atacó fuera de tiempo,
 Creyó tener ventaja sobre Octavio
 Y la siguió con demasio brío.
 Se entregan sus soldados al pillaje,
 Y á nosotros Antonio nos circunda.

Entra PÍNDARO.

PÍNDARO. Huye lejos, señor. Huye más lejos.
 Ha cogido tus tiendas Marco Antonio.
 Huye, pues, noble Casio... más, más lejos.

CASIO. Este collado está lejos bastante.
 Titino, mira. ¿Son mis tiendas esas

Que miro arder?
TITINO. Lo son.
CASIO. Si es que me quieres,
Titino, mi caballo monta, y clava
El aguijón en él, hasta que alcances
A ver á aquellas tropas, y retornes,
Y me persuada, de una vez, si tropas
Del enemigo son ó gente nuestra.
TITINO. Rápido volaré cual pensamiento. (Vase.)
CASIO. Trepa el collado, Píndaro. Mi vista
Siempre imperfecta fué. Sigue á Titino
Y dime lo que notes en el campo.
(Píndaro sube por el collado).
La luz primera he visto en este día.
¡Pues que principio fué, término sea,
Y el ciclo de mi vida aquí se cierre!
Dí ¿qué ves?
PÍNDARO. (Desde lo alto.) ¡Oh, señor!
CASIO. ¿Qué ves?
PÍNDARO. (Desde lo alto). Titino
Envuelto está... Jinetes lo persiguen...
Pero espolea... Rápidos le alcanzan...
Vuela Titino... Se desmontan varios;
También Titino... prisionero... escucha .. (Gritos.)
Alegres gritan.
CASIO. Ven, y más no veas.
¡Oh cobarde! ¡Vivir mientras cautivan,
En mi presencia, á mi mejor amigo!
(Píndaro baja del collado).
Ven.—Al hacerte en Partia prisionero,
Y al salvarte la vida, me juraste
Obedecer mis órdenes sumiso.
Tu juramento cumple. Ven: sé libre;
Y con este buen hierro que de César
Las entrañas hirió, mi pecho busca.
No respondas. El puño ten; y cuando
Cubierto tenga el rostro—cual ahora,—
Hiéreme.—Ya vengado te hallas, César;
Y con la espada que causó tu muerte. (Muere).
PÍNDARO. ¡Libre por fin! Mas no por gusto mío.
¡Oh Casio! Lejos Píndaro camina
Donde nunca Romano vuelva á verlo.

Vuelven á entrar TITINO y MESALA.

MESALA. Es empate, Titino, pues á Octavio
Han vencido de Bruto las legiones,
Cual ha vencido á las de Casio Antonio.
TITINO. Dará consuelo á Casio la noticia.
MESALA. ¿En dónde se quedó?

TITINO. Desconsolado
 Con Píndaro, su siervo, en este monte.

MESALA. ¿No es ése allí tendido?

TITINO. No asemeja
 Vida tener. ¡Ay triste!

MESALA. Dí, ¿no es ése?

TITINO. Lo fué, Mesala. Ya no existe Casio.
 Como entre rojos rayos esta noche
 Te ocultas, sol poniente, muere el día
 De Casio con su roja sangre envuelto.
 ¡El sol de Roma, nuestro sol se puso!
 Nubes, venid, escarchas y desdichas.
 ¡Nuestras hazañas todas hoy concluyen!
 ¿Su recelo por mí, le indujo al acto!

MESALA. Su recelo del fin le indujo al acto.
 Funesto error, de la tristeza engendro,
 ¿Por qué al mísero espíritu del hombre
 Haces ver cual verdad lo que no existe?
 Error rápidamente concebido.
 Nunca feliz alumbramiento logras
 Sin matar á la madre que le engendra.

TITINO. ¿Píndaro dónde está? Píndaro, escucha.

MESALA. Búscaló tú, Titino. Yo al encuentro
 Del noble Bruto iré con la noticia
 Sus oídos á herir. A herir, bien digo
 Que ni puñal ni dardo envenenado
 A Bruto punzarán cual esta nueva.

TITINO. Mientras que busco á Píndaro, Mesala,
 Irte puedes. (Vase Mesala.)
 ¿Por qué, valiente Casio,
 Tus órdenes me diste? ¿Por ventura,
 A tus amigos no encontré? ¿Mis sienes
 Con estas hojas de laurel no ornaron,
 Rogándome que á tí te las ciñera?
 ¡Sus entusiastas gritos no escuchaste?
 ¡Ay, falsamente interpretaste todo!
 Mas ten esta corona que te ciño,
 Que Bruto me ordenó que te entregara;
 Cumplo así su mandato. Ven, oh Bruto,
 Y cuánto quise á Cayo Casio mira.
 ¡Dioses, con vuestra venia!—Cual Romano
 Obraré.—¡Casio, quedará tu espada
 De Titino en el pecho sepultada! (Muere.)

Clarines.—Vuelve á entrar MESALA Con BRUTO, CATÓN
 el Joven, ESTRATO, VOLUMNIO y LUCILO.

BRUTO. ¿Dónde, Mésala, dónde el cuerpo yace?

MESALA. Vedlo allí con Titino, que lo llora.

BRUTO. Titino al cielo mira.

CATÓN. Yace muerto.
 BRUTO. ¡Oh Julio César, fuerte todavía!
 Vagando está tu espíritu, y diriges
 Contra nosotros mismos nuestras armas.
 (Clarines lejos.)

CATÓN. Al muerto Casio coronó Titino.
 BRUTO. ¡Aun hallo dos Romanos cual vosotros?
 Adiós, último tú de los Romanos.
 Otro cual tú no ha de nacer en Roma.
 Mas lágrimas le debo á este cadáver,
 Que me veréis pagar, amigos míos.
 ¡Pero, Casio, vendrá, vendrá la hora!
 Su cuerpo, pues, que se conduzca á Taso;
 Que en nuestro campamento funerales
 No se le harán, pues nos faltara el brío.
 Lucilo, tú; Joven Catón, al campo.
 Labëón, Flavio, avancen nuestras tropas.
 Son las tres. Renovemos la pelea
 Antes, Romanos, que de noche sea. (vanse.)

ESCENA IV.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

Clarines. —Entran luchando SOLDADOS de ambos ejércitos,
 después BRUTO, CATÓN el Joven LUCILO y otros.

BRUTO. ¡Resistid, resistid, paisanos míos!
 CATÓN. ¿Y qué bastardo no? ¿Quiénes me siguen?
 Proclamaré mi nombre por el campo.
 Ved de Marco Catón al hijo. Vedlo.
 Juez de tiranos, de su patria amigo.
 Ved de Marco Catón al hijo. ¡Vedlo!
 (Cargando al enemigo).

BRUTO. Y ved á Bruto. Marco Bruto es éste;
 Bruto el amigo de su patria, Bruto.
 (Vase, cargando al enemigo Catón el Joven, y dominado cae.)

LUCILO. ¡Joven Catón, noble Catón, caíste!
 Cual Titino valiente, tú la gloria
 Logras que cuadra de Catón al hijo.

SOLD. 1.º Ríndete ó mueres.
 LUCILO. A la muerte sólo
 Me rindo yo. Ten, pronta muerte dame.
 (Ofreciendo dinero.)
 A Bruto mata. Te honrará su muerte.

SOLD. 1.º No morirá tan noble prisionero.
 SOLD. 2.º Plaza. Que sepa Antonio que apresado
 Ha sido Bruto.

SOLD. 1.º Llevaré !a nueva.

Se acerca el General. Bruto está presa,
Bruto está preso.

Entra ANTONIO.

ANTONIO. Dí, ¿dónde se halla?
LUCILO. Antonio, salvo está. Bruto está salvo.
Y contrario ninguno—te lo fío—
Vivo podrá coger al noble Bruto.
¡De oprobio tal los Dioses le protejan!
Cuando hallarlo logréis, ó vivo ó muerto.
En él el Bruto encontraréis de siempre.
ANTONIO. Bruto no es éste, amigos; pero presa
De no menos valor. Aseguradlo,
Pero tratadle con bondad. Ansiara
Que mis amigos fueran tales hombres,
No enemigos. Seguid, y ved si á Bruto,
Vivo ó muerto, encontráis, y la noticia
Luego á la tienda llevaréis de Octavio,
Con cuanto más ocurra. (Vanse.)

ESCENA V.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

Entran BRUTO, DARDANIO, CLITO, ESTRATO
y VOLUMNIO.

BRUTO. Venid y descansad sobre esta roca,
Tristes restos de amigos que me quedan.
CLITO. Arder se vió la antorcha de Estatilo,
Mas no volvió. Fué prisionero ó muerto.
BRUTO. Siéntate, Clito.—De matar se trata.
Es una hazaña al uso. ¡Clito, escucha!
(Le Habla en secreto.)
CLITO. ¡Yo, señor! Ni por todo el universo.
BRUTO. Basta. No más.
CLITO. ¡Mejor me suicidara!
BRUTO. Dardanio, escucha tú. (Le habla en secreto.)
DARDAN. ¿Yo hacer tal cosa?
CLITO. Dardanio.
DARDAN. Clito.
CLITO. ¿Qué te ruega Bruto?
DARDAN. Matarlo, Clito. Míralo, medita.
CLITO. Precioso vaso de dolor repleto
Que por los tristes párpados rebosa.
BRUTO. Aquí, Volumnio, ven. Una palabra.
VOLUM. ¿Qué me quieres, señor?
BRUTO. Esto, Volumnio.

Ya de César la sombra por dos veces
De noche ví. La vez primera en Sardis,
Y esta noche en Filipos la segunda.
Sé que llegó mi hora.

VOLUM..

No lo creas.

BRUTO.

Volumnio, cierto estoy. Ya ves, Volumnio,
Cómo este mundo va. Nuestros contrarios
Nos han cavado ya la sepultura. (Clarines lejos.)
Más honroso nos es lanzarnos dentro,
Que esperar á que en ella nos arrojen.
Buen Volumnio, á la escuela fuimos juntos;
Por tu antigua amistad te lo suplico;
Mi espada ten, mientras me arrojó á ella.

VOLUM.

Un amigo servirte así no puede. (Clarines.)

CLITO.

Huye, señor. No te detengas, huye.

BRUTO.

Queda con Dios. Adiós. Adiós, Volumnio.
Estrato, tú, que mientras tanto duermes,
También te digo adiós. Paisanos míos,
Mi corazón de regocijo late,
Al ver que de mi vida en el transcurso
Nadie encontré que desleal me fuera.
Yo lograré con tan infausto día
Gloria mayor que Octavio y Marco Antonio
Alcanzarán por esta vil victoria.
Adiós á todos, que la voz de Bruto
La historia ya narró de su existencia.
Nocturna oscuridad mi vista envuelve;
Mis trabajados huesos, que tan solo
Lograron este fin, reposo piden. (Clarines.)

VOCES DENTRO. Huid, huid, huid.

CLITO.

Huye, huye, señor.

BRUTO.

Idos. Ya os sigo.

(Vanse Clito, Dardanio y Volumnio.)

Con tu señor te ruego que te quedes
Eres hombre de bien. La vida tuya
Repleta está de acciones que te honran;
Así, pues, ten mi espada, y vuelve el rostro
Mientras que yo me arrojó sobre ella.
¿Lo harás, Estrato?

ESTRATO.

Que tu mano estreche

Primero. Adiós, señor.

BRUTO

Adiós, Estrato.

Descansa, César. Menos decidido
Pedí tu muerte que mi muerte pido.

(Se arroja sobre su espada y muere.)

Clarines. Retirada. Entran OCTAVIO, ANTONIO,
MESALA, LUCILO y ejército.

OCTAVIO. ¿Ése quién es?

MESALA. El siervo de mi jefe.
¿Dónde está tu señor?

ESTRATO. Mesala, libre
Ya de la esclavitud en que te hallas.
Una hoguera y no mas sus vencedores
Podrán hacer con él, porque vencido
Solo por sí fué Bruto, y nadie logra
Honrarse con su muerte.

LUCIO. De este modo
Se debe hallar á Bruto. Gracias, Bruto.
La opinión confirmaste de Lucilo.

OCTAVIO. A todo servidor de Bruto amparo.
¿Me quieres tú servir?

ESTRATO. Sí, si su venia
Me da Mesala.

OCTAVIO. Dásela, Mesala.

MESALA. Dí de qué modo mi señor ha muerto.

ESTRATO. Su espada tuve mientras él se hería.

MESALA. Haz que te sirva, Octavio, quien ha hecho
A su señor el último servicio.

ANTONIO. Fué el más noble Romano de entre todos,
Pues los demás conspiradores fueron
Movidos todos de su envidia á César
El, por nobles ideas impulsado,
A ellos unióse para el bien de todos.
Dulce su vida fué. Los elementos
En él tan combinados, que bien pudo
Orgullosa exclamar naturaleza:
«Un hombre ahí ved», al universo entero.

OCTAVIO. Honremos su virtud como merece,
Cumpliendo con los ritos funerales.
Esta noche sus huesos en mi tienda
Reposarán con la guerrera pompa
Del soldado.—Las tropas, pues, descansen,
Y á dividir nosotros, si os agrada,
Las glorias de tan próspera jornada. (Vanse.)

FIN DE JULIO CÉSAR.

DIGITALIZADO POR LA VOLUNTARIA ERIS GARCÍA POSTIGO. MELILLA
(ESPAÑA)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

